UNACAR
Universidad Autónoma del Carmen
"Por la Grandeza de México"

Como las monarcas

Liliana de los Ángeles
Ceballos Vargas

Como las monarcas

ISLA DE LETRAS
13

UNACAR
Universidad Autónoma del Carmen
"Por la Grandeza de México"

Dr. José Antonio Ruz Hernández
Rector

Dr. Eskándar Gánem Hernández
Secretario General

LCC. Joel Adir Acuña Gálvez
Director General de Extensión Universitaria

C. José Felipe Vera Martínez
Director de Difusión Cultural

Como las monarcas

Liliana de los Ángeles
Ceballos Vargas

ISLA DE LETRAS
13

Esta obra fue dictaminada por sus pares académicos y aprobada para su publicación por el Comité Editorial de la Universidad Autónoma del Carmen.

Primera edición 2015

Como las monarcas

Liliana de los Ángeles Ceballos Vargas

D.R.© Universidad Autónoma del Carmen
Av. Concordia, Calle 56 N°4, C.P. 24180
Ciudad del Carmen, Campeche, México
Teléfono: 01 (938) 38 110 18

ISBN: 978-607-7826-47-7

Jefe del Departamento de Fomento Editorial
Norma Leticia Pérez Romero

Diseño y diagramación
Karla Georgina Zepeda Soberanis

Ilustración de Portada e interiores
Leonel Cortés Zepeda

Corrección de estilos
Eduardo Martínez Hernández

Impreso en México

COMITÉ EDITORIAL

Dr. Óscar Enrique Mato Medina
Facultad de Ciencias de la Salud

Dr. Carlos Montalvo Romero
Facultad de Química

Dr. Ricardo Armando Barrera Cámara
Facultad de Ciencias de la Información

MMI. Rafael Ferrer Méndez
Facultad de Ciencias Educativas

Dra. María Elena Reyes Monjaras
Facultad de Derecho

Dr. Mohamed Abatal
Facultad de Ingeniería

Dr. Jesús Jaime Guerra Santos
Facultad de Ciencias Naturales

Dra. Myrna Delfina López Noriega
Facultad de Ciencias Económicas Administrativas

Como las monarcas

Dedicatoria

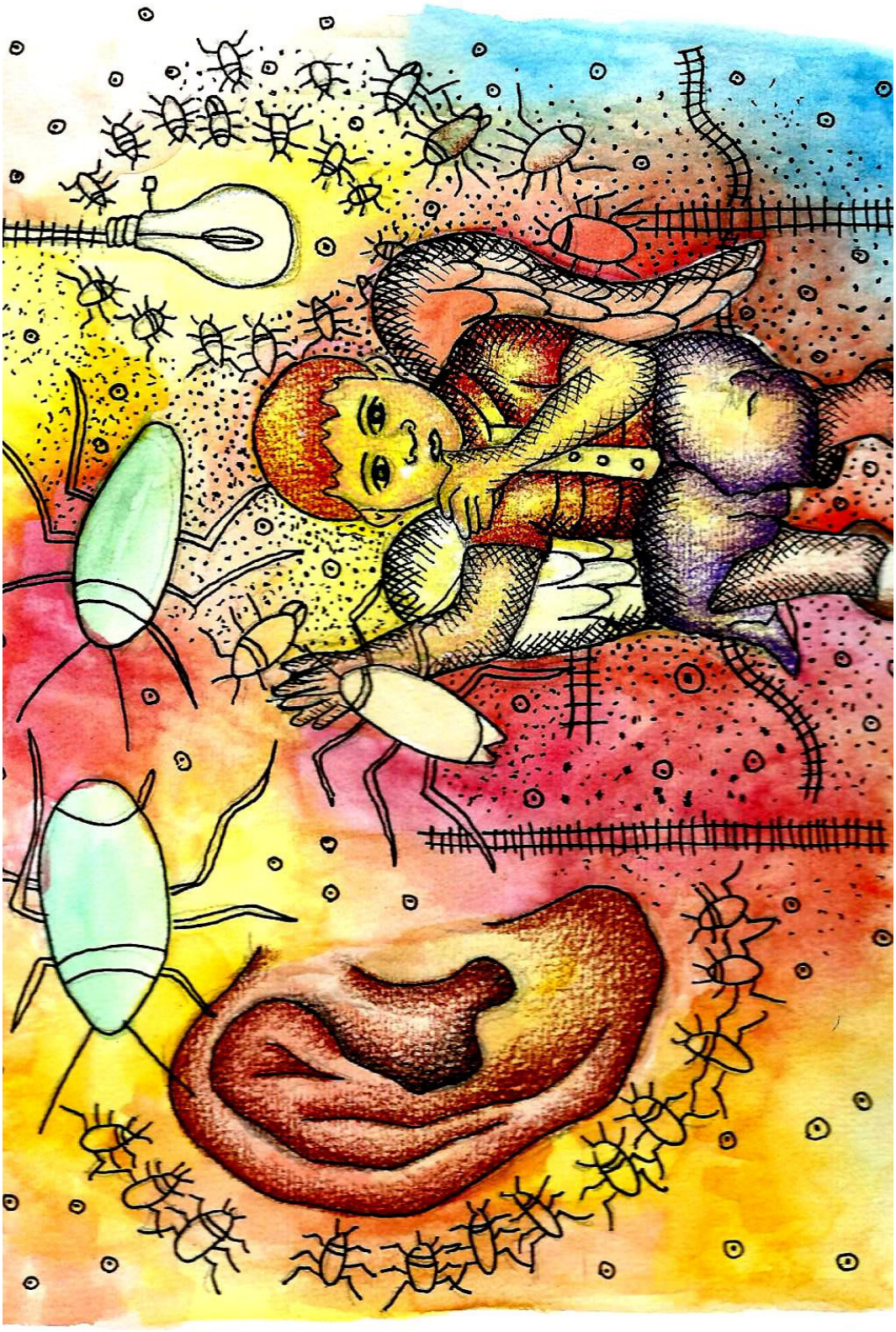
A Rolando y nuestros tres hijos: Rolando, Liliana y Miranda.

A mi madre; María de los Ángeles, *la Monarca*.

A mis hermanos; Mariana, Armando y Alfonso.

Índice

- Ella era una santa 11
- Crucero 13
- Contratado por Hollywood 17
- La carretera 21
- La sonrisa de Pancho 25
- El presentimiento 29
- No te moriste un domingo 33
- Las orejas de Ana 35
- Todos los días son martes 39
- Como las monarcas 43
- Una palmada en la espalda 47
- Te ves bonita 53
- Aniversario de bodas 55
- Un invitado más 59
- Los regalos de Dios 63
- Mirar el árbol de tamarindo 67
- La tía tenía una regla 71
- La luz del baño 75
- Cuando pase la anestesia 79
- Liliana de los Ángeles Ceballos Vargas 83



Ella era una santa

Cuando la luz se apagaba los animales salían. Dormíamos sobre colchones tirados en el suelo, sin pabellón. Animales pequeños, bichos se les llaman, corrían presurosos a subirse sobre nosotros. Algunas veces se comían las migajas que nos quedaban en las ropas, otras tantas se atrevían a mordernos y comernos poco a poco a través de muchos años.

Cuando me miro las orejas me siento contento porque sé que soy un sobreviviente de la pobreza, así como miles y millones de seres humanos hundidos en el oscuro porvenir de frijoles, arroz o tortillas con aceite. Fui un niño sin pañales desechables. Mi madre lavaba todos los días los trapos que nos ponía a mí y a mis hermanos. Papá era trabajador, aunque no lo suficiente, según mamá.

A las cucarachas las respeto, no les tengo miedo ni siquiera asco, aunque tal vez debería estar un poco resentido con ellas. La cicatriz en mis orejas son marcas de que son voraces, despiadadas. Ellas también no tenían mucho qué comer.

Es curioso que de todos mis hermanos sea el único que tenga esas marcas. Tal vez mi carne era más suave porque era uno de los más pequeños. Aún así, ni el más pequeño tiene las mordidas perennes de esos animales. Pero… en el colegio había más como yo. Presumíamos las mordidas. Algunos hasta se desangraban a propósito las costras para hacer más impactantes los progresos.

Los bordes de las orejas se fueron desgastando. Los años fueron pasando. Abandoné mi pueblo. Ahora trabajo como “negro” para darle a mi familia esa vida desahogada que yo no tuve. Mi mujer es comprensiva y ahorrativa. Los niños son traviesos y sanos.

Algunas veces pienso en este hueco que tengo en el pecho. Batallo pensando a qué puede deberse. La memoria de los bichos llega continuamente a mi memoria, trato de no sentir compasión de mí, y ver mi vida como aventuras “positivas” que me han marcado. Sin embargo, algo no me cuadra. Algo en el recuento de mis memorias no encaja. Hay algo perdido en esa cajita musical que es mi inconsciente. Suena con dificultad, tengo qué mover un poco el pandero de la mano izquierda para que entonces pueda rememorar alguna anécdota oscura.

Papá nos dejaba solos. Mamá se quedaba media hora más con nosotros. Nos acurrucaba a los siete. Nos besaba y creo que tal vez se iba. Escuchaba silencio, y una oscuridad total inundaba nuestra pequeña casa.

Ellos nos abandonaban. Él de manera abrupta y tosca. Ella de manera suave, encantadora. Entonces venían ellos. El desfile de animales. Donde las cucarachas eran las más calladas, las compañeras más delicadas. Acariciaban con sus pequeñas alas. Besaban a ratitos. Algunas veces hacían cosquillas y se metían con nosotros a dormir entre las sábanas.

Mis padres fueron buenos. Nos daban de comer todos los días. Nos enviaban a la escuela, desayunados con café y pan agrio. Mis padres fueron formidables cuando mi hermana mayor iba a casarse. Le heredaron una mula y una colcha.

Mi madre querida se fue primero. Dios se la llevó durmiendo. Ella me daba leche todos los días y me decía “mi niño lindo”. Hubiera querido tenerla por muchos años, que mis hijos la conocieran pero no se pudo. Quisiera haberle dicho. “Mamá, siento mucho esa carta que te di a los catorce años”.

Le reclamé por qué nos dejaba, le conté las noches aterradoras que había pasado por muchos años cuando esos bichos que a la demás gente hacen reír porque los miran de lejos, se comían a pedacitos mis orejas suaves.

Sé que ella lo sabía. Sabía que fue un arranque, una manera de empezar a sanar de esa enfermedad que empieza con “de…” y termina con “… sion”. Ella también lloraba, en eso siempre nos parecimos; creo que por eso era al único que le daba leche. Ella era una santa. Mi mamita querida.

Crucero

El olor a las terminales no me gusta. La gente no mira, sólo observa a la distancia. Mamá huele a humo. Nos prepara las camas de maletas y nos anima a acostarnos. Ella es dulce, a su lado me siento bien. A veces un poco triste. Envidio un poco a algunas niñas que pasan presumiendo vestidos hermosos. Nosotros no tenemos dinero para eso, para vestir bien. Vivimos al día. Dios nos acompaña en la miseria. Esa compañía nos hace sentirnos poderosos. Aunque comamos frijoles con arroz todos los días, y mamá trabaje hasta al cansancio en dos, a veces tres trabajos.

Siempre soñé con una madre “ama de casa”. Con una que me preparara “guisos” especiales y me tuviera una sopa caliente cuando llegara de la escuela. En cambio mis hermanos y yo teníamos comida en el refrigerador que comíamos fría, no sé si por flojera en calentar o porque teníamos prohibido prender la estufa.

Ella sin embargo nos daba tanto cariño como podía, no obstante, crecimos un tanto perdidos, ahora sé que en parte fueron los genes. Esta herencia que no sabe esconder el llanto abrupto, no sabe disimular las emociones, de corazón suave como la ceniza y dura como la coraza de un armadillo; genes en los que habitan monos aulladores, lobos solitarios, serpientes venenosas, leones mansos y cocodrilos hechos de cartón. Crecimos con amor y abandono diarios, como el arroz y frijol que nos acompañaba en el almuerzo. No me quejo. Mi infancia fue hermosa y soy lo que soy por todo lo que pasé. Pero… eso no me quita pensar en el hubiera… esa fantasía que nos aleja de la realidad y nos hace sentirnos a veces miserables.

Estamos en la terminal y yo miro hacia abajo.

¿Cómo será la vida de otros niños? pienso, mientras mamá me dice que ya me duerma que reponga energías porque mañana será un día ajetreado, ¿ajetreado? ¿este acaso no lo fue suficiente? Con mamá no nos abu-

rrimos; para ella es igual una abuelita con falda que un ladrón con guitarra. Mi mamá es muy buena y en sus ojos sólo hay amor pero a veces confía mucho en la gente. Y la gente no siempre es buena.

Una vez fui a la iglesia, una grande y hermosa con un patio verde y gigante. Un par de gemelas jugaban conmigo, sus vestidos eran rosas y tenían moños en la cabeza que combinaban con las flores amarillas de la solapa de sus vestidos. Yo iba con guaraches y vestida normal, quizá con un vestido o falda, no recuerdo. Ellas jugaron conmigo, me sentí especial porque eran muy lindas y sus vestidos preciosos. Ellas me dijeron: “Abre la boca y cierra los ojos”. Pensé, ¡seguro me darán una paleta! Aún así desconfié como toda pueblerina. Y dije: “¿Para qué?” Ellas insistieron “¡Abre la boca y cierra los ojos!” Sus ojos brillaban, reían felices. Sus rostros me dieron la confianza que necesitaba para obedecer la orden. Cerré los ojos, esperé unos segundos más y abrí la boca. Ellas tardaron un poco, pensé por un momento en cerrar la boca pero la idea de la paleta me animaba. De pronto escuché carcajadas y sentí un sabor amargo en la boca. Abrí los ojos y escupí tan pronto como pude degustar que no había sido un rico caramelo lo que tenía dentro de la boca sino arena y tierra. Ellas salieron de mi vista corriendo eufóricas. Desde entonces, ¡nunca abro la boca y cierro los ojos al mismo tiempo! Y… no me gustan las sorpresas.

Ya es de mañana, por fin, mamá dice que nuestro autobús sale a las 7:30 de la mañana. Ya casi. Mi hermana tiene la vista perdida y se queja un poco, mi hermanito sonríe y es como un ángel. Le acaricio la cabeza, con él me siento fuerte. Es como una estrella que titila cuando yo me siento triste. Mamá es muy hermosa aunque es descuidada en su aspecto. Pienso que si se arreglara más podría conseguirse un novio rico que tal vez la aceptara con tres hijos. Y nos comprara a mi hermana y a mí lindos vestidos como a las niñas ricas del pueblo. Y a mi hermano carros a control remoto.

Las noticias cada vez más violentas hacen que de continuo recuerde mi infancia. Esa bella etapa en la que todos somos gigantes y estrellas, científicos y aventureros y no tememos a esa palabra que a los adultos nos petrifica; las consecuencias. La violencia ha sido a veces un sello que nos empuja a crecer, un emblema abominable. Una espada oculta que envainamos en el cuerpo y sacamos a pedazos: una caricia, una estocada.

Mamá nos dice que ya es hora, mi hermana mayor que tiene hambre. Yo la verdad no tengo, mi hermanito duerme, ¡él es un ángel! Mamá se molesta un poco porque ya anunciaron el camión y ahora tendrá que ir a comprar una torta con lo poco que nos queda para que mi hermana no siga

insistiendo. Mamá es muy buena. Compra la torta y salimos corriendo para subir al camión, delante de nosotras va una mujer con minifalda y cabello negro muy largo. El chofer le sonríe mientras aún atiende a otras personas.

A nosotros nos mira con dureza.

¡Espero no haber heredado esa mirada! Y que mis hijos digan. ¡Mamá no me veas así!

Mamá, un poco despeinada sube arrastrando dos maletas. El chofer le dice que las maletas van abajo. Mamá no dice nada, se regresa no sin antes decirnos que nos pongamos abusados en ganar lugar porque este autobús es de segunda y los lugares no están apartados sino que se ganan. Mi hermana pone cara de "fuchi". Mi hermanito sale corriendo y con ojos muy abiertos se dirige a dos lugares que aparta sentándose en el medio. Llego en seguida para ayudarlo. Mi hermana se queda de pie esperando a mamá. Mamá sube, se pone feliz cuando nos ve sentados porque el autobús ha empezado a llenarse.

El chofer ha hecho una pausa a quince minutos de haber iniciado el viaje. Pienso que quizá ha tenido que bajar al baño o quizá se le ha roto una llanta. No. El chofer se dirige hacia atrás del autobús. Camina revisando con la mirada a las personas, a algunas les pide de nuevo su boleto. Mamá duerme sentada, encima de ella mi hermanito, a lado mi hermana mayor le sostiene las piernas a mi hermano. Ella también duerme. Yo estoy sentada en el espacio libre que separa nuestros asientos de los de adelante, muy cómoda sobre las maletas que mamá se entercó en subir; mamá sabía que las necesitaríamos. ¡Es muy inteligente!

El chofer despierta a mamá diciéndole:

–¡Señora, señora!– Sus ojos son ahora un relámpago.

Agacho la cabeza. Mamá dice con voz débil y cansada:

–Ahora bajo las maletas.

El chofer no escucha, manotea y mira hacia adelante a la mujer con minifalda que está de pie. Creo que quiere darle nuestros lugares.

Nosotros nos hemos parado, mi hermanito mira a mamá y grita:

– ¡Tengo sed!

Mamá como si hubiera oído palabras mágicas, se transforma; le da una cachetada al chofer y antes de bajarnos del camión le dice sus verdades.

¡Estoy tan orgullosa de ella! Mi hermana creo está apenada. Mi hermano sonríe e insiste en tener sed. A él le encantan los cruceros. Mamá se pone a llorar de coraje y nos dice que nos sentemos en las maletas. Esperaremos al camión de las tres.

Contratado por Hollywood

Amado me puso mi padre. Soy el menor de tres hijos. Mi padre, hombre terco, insistió en ponerme ese nombre, tal vez porque ansiaba un varón y no lo había tenido hasta llegar yo. Trabajo para políticos, no es trabajo satisfactorio aunque lo hago de buena gana, por ellos, por mis hijos que son todo en mi vida. Ellos hacen las cosas más simples. Estoy quieto de ocho de la mañana a cuatro de la tarde en un escritorio en donde recibo diversas solicitudes que tengo qué atender a la brevedad porque la mayoría de éstas son impulsadas por el compadrazgo de algún funcionario. No se dirigen casi nunca hacia mí, sino que van con mi superior, así que sólo recibo órdenes de una manera poco amable y con mucha urgencia.

Un café bien cargado me exige el cuerpo antes de iniciar las labores. Antes de salir de casa le ruego a mi mujer me ponga un ligero lunch para aliviar la gastritis que me provoca el café negro que me tomo y las palabras agrias y descorteces que me tengo que tragar diariamente. ¡Por los niños, lo soporto todo por ellos! Este trabajo no apela a la dignidad humana, el respeto, consideración, ni siquiera a la cordialidad. Da igual si haces bien o no el trabajo. No hay reconocimiento porque los de “arriba” están inmersos en sus propios negocios, en las grandes “transas” que llevarán a cabo en el breve transcurso de tres años.

Es una pena que mi padre esté “descansando” si no platicaríamos sobre estas cosas y haría una “columna política”, hostigaría de manera escrita a estos funcionarios corruptos; entonces algo creíble se diría de nuestros gobernantes en algún medio de comunicación.

Me deprime un poco esta situación. No es para menos. El clima laboral es agobiante. Las caras son de soberanos autoritarios y generales desahuciados; son mis jefes, como lamentablemente tengo qué llamarles, estrechos de mente, y cortos de vocabulario. Cuando alguna vez brota alguna buena

obra o pensamiento loable en algún discurso, se cae de golpe y porrazo en el último piso del edificio donde mora en privado el señor presidente con sus secuaces y líderes corruptos que lo apapachan y entonces riéndose a carcajadas despedazan lo que minutos antes parecían ser buenas obras y pensamientos loables.

No sé cuánto tiempo soportaré la situación de ser sobajado diariamente. A veces no hacen falta palabras para hacerle sentir a uno miserable. Asqueado de todo cuanto toca el señor presidente y su comitiva. Sé, sin embargo que mis hijos requieren leche, pañales y mi mujer algo de carne, para echarle al caldo.

Recién llegó el presidente amenazó con no correr a nadie. Ninguno de los que ya venían trabajando en la política lo creyó. A las pocas semanas empezaron los despidos. Las malas caras y las palabras agrias desde el primer día, es decir el 1 de octubre.

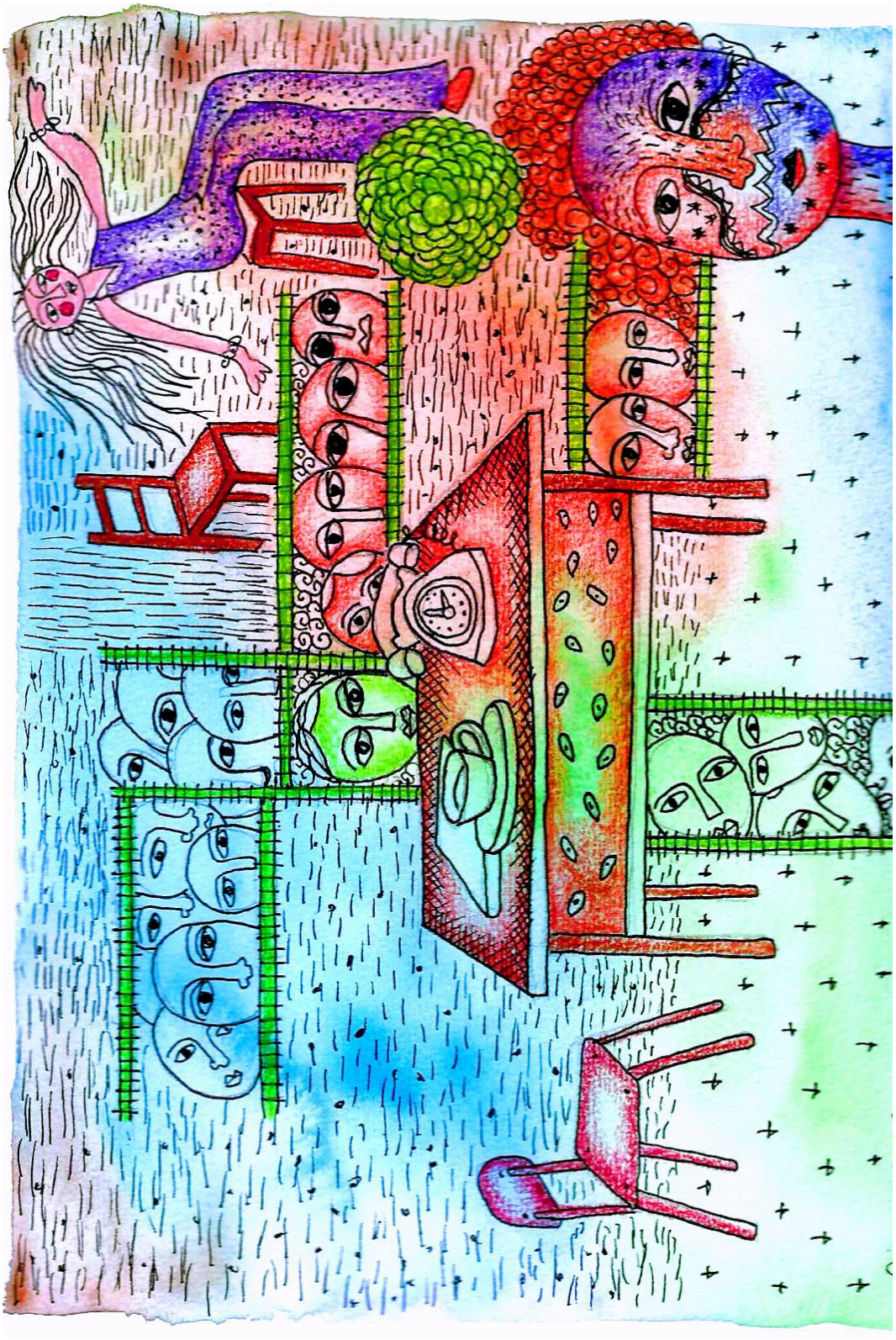
Sentado en mi escritorio vi desfilar algunas damas bien parecidas a la Secretaría Particular donde después de una revisión exhaustiva a sus expedientes, despidieron a algunas y otras subieron de puesto. Vi recoger la foto de sus hijos a ciertos compañeros de confianza que no se quedaron porque la plantilla laboral del presidente entrante no los contempló en su estructura. Seguí tomándome mi café por un par de días más. Después de la segunda quincena vino el golpe; me habían bajado el salario. Por fortuna no era el único; cientos de trabajadores sindicalizados eran sujetos de esta injusticia. El señor presidente entonces dijo a la prensa:

–¡Decidimos bajar los salarios para engrandecer con obras de “beneficio mutuo” el municipio!. -Los reporteros no lo creyeron, supongo. La gente aplaudió feliz. Los que mirábamos la tele y lo vimos esa noche, no pudimos conciliar el sueño. Recibí algunas llamadas esa noche y acordé con tres compañeros ir al sindicato a primera hora el día de mañana.

Al llegar, el líder sindical nos estrechó la mano y nos hizo pasar a un sucio cubículo que era su oficina.

Nos dijo sonriente y calmado.

–¿A qué han venido? -Después de contarle lo del salario, los malos tratos, y demás atropellos, se recostó en su silla de cuero y prendió un cigarro-. –Lo siento pero el presidente ya habló y hay que respetar esta decisión, así como otras tantas que representarán desestabilidad para nuestros afiliados pero que redundarán en beneficio de la comunidad, ¡qué orgullo pertenecer a este Ayuntamiento! ¿No les parece?



Mis compañeros y yo quedamos mirándonos mientras el líder continuaba alabando al presidente municipal. ¡Qué vergüenza y qué descaro!

Al llegar a la oficina ya me estaban esperando. Eran como cuatro, todos me miraban, pensé en que hoy no era mi cumpleaños ni tampoco se celebraba nada como para recibir visitas. Uno de ellos se sirvió en un vaso desechable refresco de una botella color naranja que escurría agua. Pasé de manera sigilosa por detrás de ellos y traté de sentarme en mi silla pero estaba ocupada. Una mano entonces me tocó la espalda y dijo:

–Pasa al jurídico.

Una cubeta de agua helada me cayó entonces, supe de inmediato que estaba despedido.

–Usted tiene acumuladas tres faltas y tiene por ello tres actas administrativas. ¿Tiene algo que decir?

–Sí, que nunca, desde el primero de octubre he faltado a laborar.

–¿Estaría de acuerdo en firmar su renuncia?

–¡Por supuesto que no, si no quieren que trabaje aquí, despídanme entonces!

–Bueno, déjeme checar su expediente laboral y le avisamos luego. Mientras tanto tenga este oficio, es para que lleve a recursos humanos. ¡Para que disfrute su primer período vacacional!

Una sonrisa descarada me apuñaló al salir de la oficina, era mi jefe, un hombre mayor que ya había estado en la política. Estrechó mi mano y me dijo: "¿Cómo estás?" pensé: si ya nos hemos visto en la mañana. Miré alrededor y entonces vi que había dos periodistas sentados afuera de nuestra oficina. Supe entonces que era hora de aparentar. Sonreí también y dije en voz alta:

–¡El señor presidente ha sido contratado por Hollywood!

Los reporteros voltearon a verme. Mi jefe se escabulló rápidamente.

Al día siguiente mi foto estaba en primera plana con el título: "Trabajador de confianza despedido por filtrar información reservada".

La carretera

Lina despertó en la madrugada. Bebió un café y se quedó despierta; acurrucada en su cama. Prendió la tele. Pisó la alfombra y suspiró. Su bata de seda estaba húmeda por el calor. Prendió el aire acondicionado e intentó conciliar el sueño.

Tuvo el impulso de tomar su vehículo y salir a ver a Sofía. Un pensamiento la abordó de inmediato.

–¡Ella de seguro está dormida!

Intentó dormir pero no pudo. Se dio vueltas y vueltas. Nada.

Sofía era su mejor amiga. Entendería que tuvo insomnio y que por ello tuvo qué molestarla.

Tocó a la puerta sin respuesta. Al parecer Sofía no estaba. No tuvo la precaución de marcar su número antes de llegar. Ella seguro estaba con Luis.

Un pensamiento de soledad titiló en ella. Agachó la cabeza sobre el volante del carro. Se echó a llorar; lanzó graves gemidos, tal y como lo haría un perro con la pata rota. Se sintió miserable. Su madre había muerto hacía dos años. Era hija única. ¡Estaba más sola que una casa abandonada!

Prendió el carro, el kilometraje marcó 5,800 kilómetros. Era tiempo del primer servicio.

–Lo llevaré en quince días –se dijo a sí misma en voz alta, mientras volvía a lamentarse.

Su teléfono celular vibró cerca de su pierna. Era un mensaje de Felipe. Su antiguo enamorado…

Decidió comprar un café en la famosa tienda de la esquina. Miró hacia todos lados antes de entrar. No quería que nadie se enterara que andaba sola a estas horas, ¡tonta pena!, como si fuera un delito ser una mujer sola.

Sintió un grito en la garganta que ahogó con la pregunta:

–¿Tiene café descafeinado?

–No, los que están ahí en la lista son todos.

–Gracias.

Salió de la tienda. Abordó su vehículo, puso la radio. Era sábado. Mañana seguiría sola.

–Sofía seguro pasará el día con Luis, y Bety mi vieja vecina con su madre. ¿Y si me voy de viaje?, –pensó-. Pero, ¿a dónde?

¡Daba igual! Quizá a algún poblado, a visitar caras desconocidas, a experimentar más la soledad y ¿por qué no?, quizá podría encontrarse un enamorado.

El cansancio la hizo suspirar y el suspiró la adormeció aún más.

–¡¡¡Ayyy!!! –Un bache la hizo despertar–. ¡¡¡Chin!!! ¡La llanta!

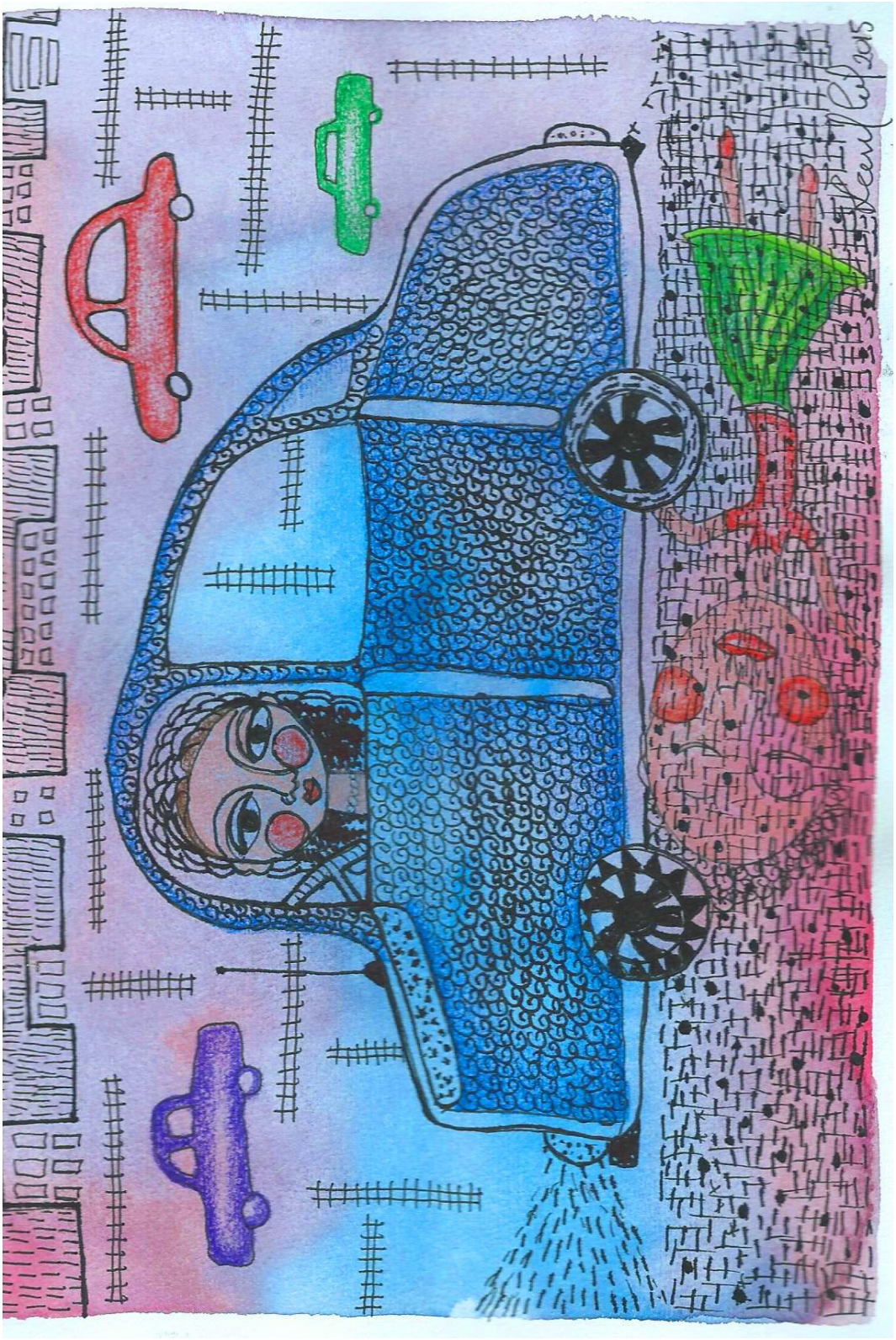
La llanta había explotado. Una voz interna la animó a decirse. ¡Tuviste suerte! En efecto. Había tenido suerte, más adelante se dejaba ver un acantilado y una curva pronunciada. Con el sueño que traía era posible que "no la hubiera contado". Dio gracias a Dios. Después comenzó a lamentarse, de nuevo.

Ahora sí que su fin de semana se había arruinado. ¿Qué haría ahora? Decidió meterse al carro y dormirse ahí, afortunadamente el bache estaba en la acotación de la carretera, así que ahí podría descansar ella y su vehículo.

Una luz muy brillante la hizo despertar de su sueño. Era un tráiler que venía en dirección contraria a la suya. Escuchó un fuerte sonido como un choque y después silencio, un silencio precioso, apacible. Vio por la ventana cómo el tráiler se volcaba y se acercaba cada vez más a su vehículo. Cerró los ojos fuerte, muy fuerte y se dijo a sí misma: ¡Dios mío, protégeme! Todo quedó en silencio, se tocó, no sentía nada. No sintió su cuerpo. Pero ahí estaba seguramente viva porque aún pensaba. ¡Estoy viva!, quiso decir a todo pulmón pero no pudo. La voz no le salía. Cerró los ojos de nuevo.

Decidió dormir, el insomnio se había ido. A pesar de toda la adrenalina, tenía en ese momento muchísimo sueño. Se abrazó a sí misma como pudo. Tenía frío. El impacto había destrozado las ventanas. Alcanzó a mirar el césped. Tuvo un poco de miedo. Se miró un poco de sangre en los brazos. Como pudo oró en silencio. Su fe se incrementó en ese instante como una montaña inalcanzable.

Su vida estaba vacía, era cierto. No tenía a nadie, verdad. Pero quería vivir.



–¡Sí, es hermoso vivir! –se decía a sí misma–. ¡Es hermoso, muy hermoso! –balbució entre dientes.

Miró como en un sueño que alguien le hablaba, ¡el chico era guapo! ¡Y tenía un uniforme muy lindo! Sonrió y pensó: ¿me veré bien? Él intentaba sacarla, pero ella no quería. Había frío, y ahí dentro del carro ya estaba empezando a calentarse.

Sintió un dolor muy profundo. ¡Estoy viva! Volvió a confirmar su mente. Ya no opuso resistencia, se dejó sacar y cerró los ojos. Pudo ver todavía que no amanecía. Un sueño terrible la hizo recordar que no debía dormirse, pero los párpados le pesaban mucho. Ella quería abrirlos pero no podía.

Sólo escuchaba murmullos, gritos. ¡Es la policía! Se dijo a sí misma, con voz inaudible.

Alguien pronunció su nombre. Quiso contestar; no pudo. El sueño era muy grande. Pensó para sí misma: ¡increíble que en estos momentos tenga tanto sueño!

Los paramédicos cuchichearon entre sí, la subieron a la ambulancia y la dejaron dormir.

La sonrisa de Pancho

Estela no sabe a dónde va. Sabe que tiene que ir al súper pero…no quiere. Los tomates, el pollo y las verduras para el caldo pueden esperar. Sin embargo, esto que siente no. Tiene días que le ha empezado un dolor en el vientre, cólicos agudos como de parto. Nunca ha parido pero supone deben ser tan fuertes como éstos.

Estela va al doctor, le hacen un escaneo a su vientre con un aparato y después de palpar, mirar, tallar, el médico mira pensativo sin dejar de observar su vientre abultado y dice:

–¡Tenemos qué operar! Tiene un embarazo ectópico.

–¿Un embarazo? pero… ¿cómo? ¡si soy estéril!

–Bueno pues está claro que no es estéril pero de acuerdo a los exámenes y a simple vista se puede dar cuenta uno que su matriz no sirve para procrear.

–La operación, ¿es necesaria?

–Sí, porque al parecer además tiene quistes.

Un bebé fuera de lugar. ¡Un bebé! Estela está feliz. El año que viene cumplirá treinta y ocho años. Es una maravilla que Dios se haya acordado de ella, que atendiera las súplicas que por más de ocho años ha hecho.

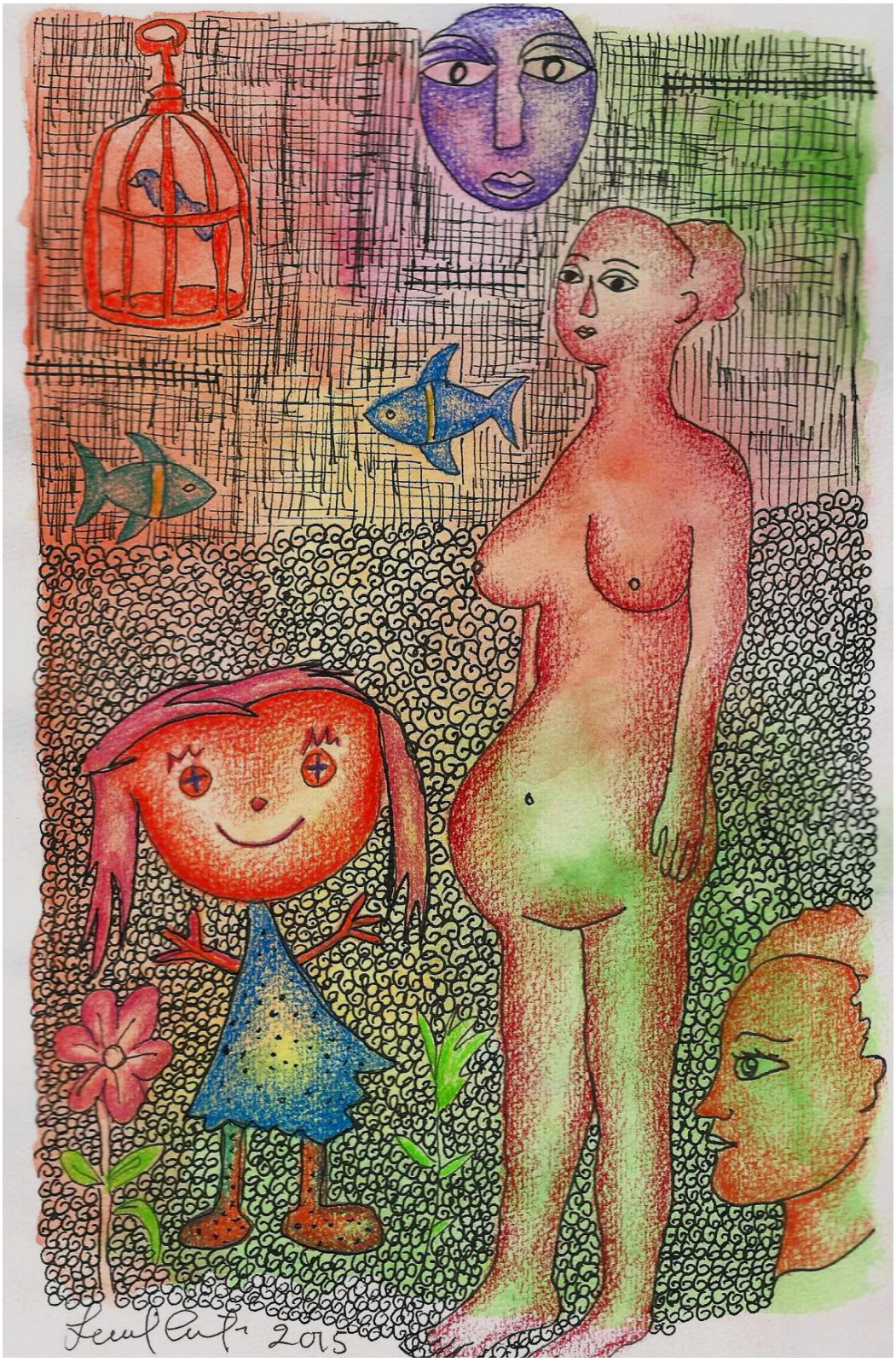
–Mujer, pero cómo te vas a dejar a la criatura. ¿No entiendes que es un peligro para ti?

–¿Criatura? ¡Hablas como si no fuera una persona!

–Perdona pero, ¡sé razonable! El bebé ahora no siente, está muy pequeño.

Estela no desea escuchar más, sabe que Pancho tiene razón. Tal vez su cuerpo no resistirá y terminará por expulsar al bebé pero, ¿debería intentar tenerlo? Es una locura pero, ¿debería?

Lejos de su moral sabe que someterse a la operación es lo que más le conviene, si quiere vivir al menos unos diez años más. Por supuesto, no


2015

es que este acontecimiento sea decisivo para asegurarse diez años más, después de todo, ¿quién conoce el día de su muerte? Pero ella sabe que el soplo en su corazón no le permitirá vivir tanto tiempo como quisiera. Aunque, ¿qué puede saber ella? Sólo supone, hace cálculos, estudia las estadísticas; luego sueña que está sana y su bebé dentro de su matriz.

Piensa: “intentar tener al bebé es un suicidio pero qué maravillosa forma de morir si en la lucha le puedo regalar la vida a un ser humano y llamarlo hijo desde ahora y conocerlo aunque sea el por dentro y yo por fuera. Contarle cuentos, darle abrazos, palmaditas, calmarle los eructos y hacer como que le doy su mamila o lo cubro con las colchas que le estoy tejiendo”.

–¡Él no puede vivir señora, entiéndalo!
–Pero, ¡está vivo y creciendo!
–¡Él va a morir!

En el corazón sabe que el médico de la ciudad tiene razón pero, ¿qué derecho tiene a robarle este sueño? ¡Quién es para arrebatarle el sentido a su vida! ¡Quién lo capacitó para aniquilar la esperanza y decir como si fuera Dios: “su hijo morirá”!

Estela no piensa en ella misma. Se ha encaprichado en tener al bebé. No hay doctor en la villa que desee atenderla, ninguno quiere que le “carguen” un muertito, menos dos. Por eso se ha marchado a la ciudad con su mamá.

Pancho no quiere saber más del asunto, por lo que optó por separarse de ella. Al menos hasta que se le pase el embarazo.

Estela sospecha que pronto conocerá a su bebé. Le ha escrito una carta por si alguno de los dos no sobrevive. Se la lee en susurros y llora porque sabe que él la escucha. Su cara ha cambiado, está pálida, sus ojos hundidos. Ha preparado el maletín que llevará el día de su parto empeñándose en suponer que su hijo –y ella– resistirán este imposible.

¡Ella sabe que es posible!, por eso se aferra a soñar con el kínder a donde lo llevará y las verduras que le hará de papilla y hasta piensa en que debe contratar un fideicomiso para sus estudios en la universidad.

Una punzada en el vientre le avisa que ya es hora. Se retuerce de dolor, tanto que no sabe si el bebé ha empezado a convulsionar en alguna parte de su vientre o es ella la que lo hace agobiada por los inmensos dolores que presagian tristezas.

Se resiste, patalea, grita. Implora a Dios más tiempo. Los calambres empezaron a subirle de los pies al vientre. Una patada, un puñetazo, no sabe qué parte del bebé se retuerce en su cavidad pero supone que puede ser la cabeza. No quiere prender la luz, sabe que el bebé está sufriendo y entonces lanza un alarido y gime hasta perder la esperanza. Ella no sabe si prender la luz, en el suelo una cama de líquido la abraza. Quiere contener en su vientre a su hijo por más tiempo pero él ya no puede, la estrechez de su habitación lo ha empezado a ahogar y el cordón no sabe si ya se ha quebrado porque desde hace días no siente que se esté alimentando.

Ella siente un aleteo en su vientre. Se imagina que su hijo se está convirtiendo en un ángel. Quiere sentirlo una vez más, saber que este sueño aun no acaba. Que el tiempo que pasaron juntos fue real, auténtico, que él pudo saber quién era ella. Le recita la carta que tiene días se aprendió de memoria. Y vuelve a orar y a gritar.

Por fin lo tiene en brazos, lo abraza y acurruca en su pecho, se saca la teta por si su pequeño hijo quiere probar alimento. Ella sabe en su corazón…Pero no quiere saber. Hay una frazada cerca de la cama que recoge sin prender la luz. Siente su olor. Palpa su rostro. Llora, lo vuelve a abrazar. Imagina que mañana lo presentará con su abuela y todos los vecinos dirán que es muy hermoso, que sacó sus ojos y la sonrisa de Pancho.

El presentimiento

Apareció así: dolor de cabeza apenas perceptible, sueño, agotamiento, estado de excitación física, como si sus extremidades inferiores estuviesen preparándose para emprender la huida. Sueño, un sueño que era incontenible.

Y una tos, que aunque no estaba dentro de los primeros síntomas, acompañaba este cuadro emotivo para familiarizarlo un poco con la realidad, con los antecedentes que tenía qué recordar, y quizá eludir, ya que posiblemente el dolor de cabeza y los otros sentimientos y manifestaciones físicas, eran tan sólo consecuencias de las pastillas de ayer, aunque seguramente su cuerpo ya se había encargado de desechar los químicos. Hoy no las había tomado, ya se sentía mejor, ya se quería sentir mejor.

Comenzó la mañana no deseando levantarse de la cama, pero se dijo internamente que ya era suficiente, se incorporó e hizo diversas cosas sin sentido. Observó el sol, pensó en leer algo. No le daría tiempo, intentó acostarse de nuevo. Se paró del sofá y anduvo como sonámbula, deambulando por la cocina, el cuarto de libros, el baño, hasta que finalmente decidió vestirse.

Ese extraño presentimiento estaba apareciendo, lo miraba alzarse cual potestad infalible. Angosto y mordaz como recordó que habían sido sus pesadillas en las últimas noches.

La falta de apetito también estaba presente, pasó por su mente la idea de que quizá se estaba deprimiendo, pero no, este sentimiento era extraño, era otra cosa. Quería dormir, sí. Pero el sueño no era propiciado por la tristeza o el desamparo, o los diversos problemas, sino era más bien como deseando quedarse quieta. Sí, este sentimiento era paralizador, debía quedarse quieta. Era como una cadena que la amarraba, la silenciaba.

Se fue al trabajo, como de costumbre. No tenía ganas de trabajar. Para su suerte el día estaba inactivo, como si su mismo sentimiento lo hubiera respirado el aire, tal como si poco a poco se hubieran descompuesto las ganas hasta fundirse con el ambiente. Se respiraba, se podía acariciar. Era odiosa esa angustia opresora, sibilante.

Ella no creía en supersticiones, en presentimientos, sin embargo ello no restaba importancia a esta emoción. Sabía que este sentimiento era extraño, un gritito inaudible, acumulado, fantasmal. Diciendo brevemente al oído, aquí estoy, aaaaaquíííí eeeestoyyy.

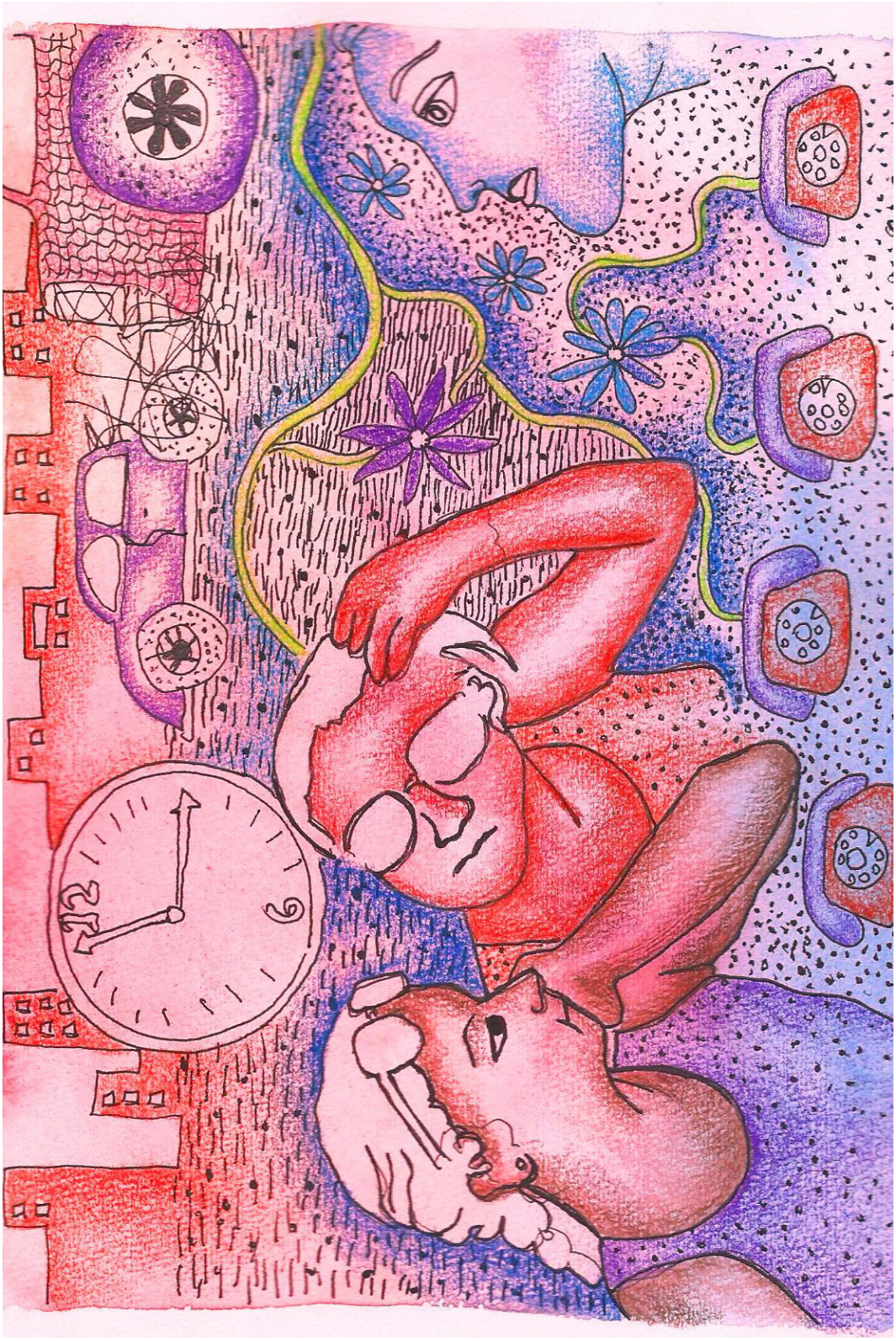
Pretendió despojarse de él, comió algo intentando apagarlo o distraerlo, a ver si se ocultaba o fastidiaba, pero ahí seguía, voluble, infinito como antes.

El día laboral concluyó.

Amaneció. Se paró ajena, extrañada, no deseando abrir los ojos. Ahí estaba, otra vez ese presentimiento odioso. Finalmente mientras hacía la cama, y después al cepillarse los dientes, lo sintió esconderse, atemorizado, avergonzado, no lo sentía ya más invencible y monstruoso, sino pequeñito e infantil, inofensivo.

De pronto, así sin más, desapareció. Hasta que volvió a sentir algo extraño, entonces vio de manera muy gráfica al presentimiento colgarse del teléfono, lo hizo sonar primero fuerte, muy fuerte, después despacito como diciendo en el trin trin del auricular: adiós, adiós.

Tomó el teléfono, era su madre diciéndole que un tráiler la había chocado. Su corazón latió con fuerza, sonrió tenuemente satisfecha de que todo estuviera bajo control. Y le dijo a su madre: ¡ya voy para allá!



2015

No te moriste un domingo

No te moriste un domingo, sino un miércoles. Lo recuerdo bien. Parece como si no hubiera pasado el tiempo. Y tal vez en realidad no ha pasado tanto.

¡Los domingos te recuerdo tanto! Esos eran los días en que a veces nos veíamos, aunque en ocasiones no platicábamos mucho. No así el último de ellos, la primera semana de noviembre. Estaba en la cocina lavando los platos y me llamaste una y otra vez, hasta que al fin me senté a tu lado. Vimos juntos un video del Che Guevara, me mostraste uno de tus trabajos de historia recientes. Entusiasmado me contaste alguna anécdota de libros y por momentos pensaba en que había algo de polvo en los libreros y tenía qué limpiar antes de irme.

Tú me hablabas de un documento importante de la revolución chilena. Grabaste para mí esa información en un aparato de esos que se conectan con pequeños dientes afilados a la computadora. También me contaste que el origen de mi nombre provino de una canción y la pusiste para que la escuchara. Sonreí y también me admiré. Ese día estabas pleno, feliz, satisfecho.

No tenías camisa, había calor, aunque el ventilador nos daba de frente. No recuerdo que hayas fumado en esos momentos, pero debe ser que sí. Creo que te acaricié el cabello gris. Tan suave que parecía el de un niño. Sonreíste para mí algunas veces, creo. Y tal vez la chispa de tus ojos me hizo feliz en ese instante y al recordarte me hacen feliz ahora. También me calman.

Pensé que te vería muchos años más. No pensé que dos domingos después iría a verte a tu nueva morada. Una lápida blanca con muchas flores llevadas con motivo del entierro. Ese día estaba estupefacta. Casi no lloraba.

Una emoción indescriptible me anidaba por completo. Me quedé con ganas de cantarte. Con ganas de abrazarte, fuerte y decirte por última vez: te amo. Darte tiempo para que respondieras. “Yo también mi amor”. “Yo también güerita”.

–Cuando pienses en mí yo también estaré pensando en ti. –dijiste cierta vez, mientras te despedías porque regresabas a tu lugar de trabajo.

Lo creí inmensamente. Esa idea me dio paz. Algunas veces creo te hablé por teléfono y te pregunté: ¿Pensaste en mí hace algunas noches, porque yo estaba pensando en ti? Y la cara se me iluminaba, mis labios se abrían para mostrar los dientes. Y pensaba entonces, ¡lo sabía!

Las orejas de Ana

Ana tenía un problema. Uno grave, a su juicio. Empezó desde la infancia. No podría determinar exactamente a qué edad. Sólo fue apareciéndose hasta que de pronto explotó en sus entrañas y “fue hecho”. ¡Esa cara (su cara) en el espejo era el problema!

Además, no le gustaba su cuerpo esbelto. Era muy delgada para su gusto. Cuando era adolescente envidiaba a sus amigas del colegio… no podía evitarlo. Ellas eran altas, delgadas pero con formas. Ella pequeña, frágil, muy delgada. Los apelativos eran obvios. Para colmo en casa –aunque de manera cariñosa– también solían decirle: ¡flaquita!

Después, aunado a la delgadez fueron sus orejas. Esas orejas desproporcionadas que su genética le había regalado. No eran tan grandes, sin embargo, ella las miraba gigantes. Se dejaba el pelo suelto hasta los hombros. No podía, simplemente no podía.

Su inseguridad fue creciendo. No se daba cuenta pero en algún momento tendría qué aceptarse. ¿Cómo hacerlo? ¡Además, estaba su nariz semi curva! ¡Y sus piernas flacas! De resto se gustaba.

Después de casarse fue haciéndose un poco humilde. Un poco nada más… Aunque uno se pregunta, ¿qué tiene qué ver la humildad con todo esto? ¡A ella eso fue la que la cambió!, un poco.... insisto. Fue apreciándose más. En un arranque de valentía se amarró el cabello en una cola. Empezó día a día a traerlo de esa manera.

Sin embargo su inseguridad era manifiesta en otras etapas de su vida. Por ejemplo, en el violín. Ella lo tocaba bien, aunque no lo reconocía. Así como tampoco lo hacía respecto a que era buena madre, o persona de gran influencia en su trabajo y con algunos familiares. Daba clases en una escuela y era abogada. Se esforzaba en aclararse que todos los talentos que poseía, así como sus aptitudes eran sólo juego del destino

¡Era implacable con ella misma! ¡Estaba gestando a su propia enemiga! Ana lo empezó a sospechar en los momentos en los cuales algo la satisfacía. De pronto una oscuridad le saltaba al pecho y sentía que sus esfuerzos no valían la pena.

Un día decidió irse de casa, agarró sus maletas, cargó casi todas sus inseguridades. Tomó un camión y se alejó de todo lo que había amado.

En el trayecto fue pensando qué mal había hecho, pasaron por su mente escenas tristes de la infancia. De pronto se empezó a reír, sospechó ligeramente que la cabeza ya no le funcionaba. ¡Qué mujer abandona a su esposo y a sus hijos! Ninguna en su sano juicio. Ana se miró las manos y recordó a Ismaelito y su sonrisa. Lo había cargado siempre porque se había vuelto flojo para caminar y a la pequeña Isabel, grande, esbelta como ella de niña, qué seguridad les estaba dejando. ¡Una madre que se va y olvida de ellos! ¡Qué bonita herencia! Y su esposo… A pesar de sus diferencias lo amaba entrañablemente.

Era ella, esa inseguridad abundante que la aplastaba, ese sentimiento de sentir que no servía para nada. Ella era su enemiga. Ella estaba a bordo del camión suspirando pero no era capaz de bajarse. ¿Qué esperaba?

Timbró su celular. Era Ismaelito.

–No contestaré –se dijo a sí misma en voz alta. Y luego reflexionó en silencio un par de segundos.

–Bueno –dijo Ismaelito–. ¡Mamá!

Ana no contestó.

–¡Bueno, mamita, tengo hambre!, ¿ya vas a venir?

Ana rompió en llanto, se tragó la voz, suspiró y colgó.

Entonces el problema, ese asunto grave que a ella le molestaba tanto, apareció, grande y majestuoso. Llegó el momento culminante, la soga de su problema tenía un nudo, ese nudo debía tensarse aún más o deshacerse.

Vaciló un poco antes de sacar de su bolso un espejo. Con gran esfuerzo se miró a la cara. Primero vio su cabello. Era tosco, tenía, al menos, dos años que no se lo cortaba, estaba áspero, se hizo una cola sin la menor gracia y entonces acercó el espejo aún más.

Ahí estaban esas bellas orejas que siempre había rechazado. No eran tan feas después de todo. Ni tan abiertas ni paradas, ni grandes. Eran sólo dos orejas normales, un poco puntiagudas. Eran dos orejas nada más…

Estiró las piernas, aún eran esbeltas. Con el tiempo el ángulo que separaba sus piernas se volvió inexistente. Quizá la maternidad las había dotado de mayor volumen. Estaban algo torneadas. No estaban tan mal. No eran perfectas, pero no estaban mal. Sacó su cartera y buscó la foto familiar, reducida hasta los siete centímetros. Su familia era bella. Los niños no habían sacado sus orejas, al menos no exactamente como ella, ni su delgadez extrema; eran bonitos, eran perfectos.

Empezó a recordarse tocando el violín o escribiendo algún poema. Se imaginó dando algún consejo a un alumno. Se imaginó hermosa y talentosa, se repitió a sí misma muchas veces que lo era. Se fue quedando dormida.

El chofer la despertó bruscamente.

–¡Señora, señora!

–¡Qué pasó, dónde estoy!

–¡Ya llegamos! Ya llevamos tres vueltas.

Ella se lo quedó mirando. Era un tipo bastante tosco, con la boca torcida por alguna enfermedad. Pero no parecía que se sintiera poca cosa. Gritaba como si fuera un gran Comandante. Y daba órdenes a su chalan y hasta manoteaba a los pasajeros que quedaban en el camión.

–¿Dónde estoy? –alcanzó a balbucear Ana.

–¡En el centro Señora!

–¿En el centro?

–Sí, ¿va a bajar o qué?

–¿Acaso este camión no iba a la estación de autobuses?

–Sí, pero ya dimos tres vueltas, ¡si quiere ir para allá tome un taxi!, yo ahora mismo cambio de ruta.

Pensó que esta circunstancia era providencial. Después de todo no se había ido. Había decidido ya no irse. Bajó atolondrada del camión, casi empujada por el chofer furibundo que manoteaba y gesticulaba algún terrible insulto.

En la esquina vio un puesto de tamales. A Ismaelito le gustaban los colados y a Isa los de frijol. Llevaría aparte unos torteados para ella y su marido. Sacó su celular de la bolsa, debía llamar a Ismaelito para decirle que iba para la casa. Que le llevaría sus tamales preferidos. Asomando la cara en su bolso estaba el espejo, lo sacó brevemente, se miró muy seria, se arregló el cabello detrás de sus orejas y sonrió como una niña.

Todos los días son martes

¿Por qué los días se parecen tanto? Me parece que ayer es hoy y que el sábado de la semana pasada fue martes, el domingo lunes. Esta sensación de que el tiempo se detuvo me tiene anclado a esta casa. A esta somnolienta quietud que todo lo enferma y me enferma.

Salgo como de costumbre a dar la vuelta. Nada me espera afuera, cierto. Pero quedarme en casa con mi mujer es igual a jugar al mojigato, a volver a entusiasmarme con flojear y ver películas en la tele, si hubiera luz…Aunque la inmensidad de la noche me invita, algo en mí me detiene para no salir. ¡El llanto de mi hijo recién nacido! Claudia tiene lo de la depresión posparto y, ¡está de un genio!

No puedo permanecer inmóvil en esta casa mirando cómo la vida se me pasa. Aunque sea una noche deseo ser libre de esta esclavitud de llantos y gritos, de reclamos y tristezas. De la estrechez financiera que ahoga mis bolsillos. De las cuentas qué pagar y la luz cortada de la casa.

En penumbras, con apenas dos velas iluminando nuestra fría casa, salgo sin mirar atrás, cierro fuerte el portón, alcanzo a ver que la sombra de Claudia está en la ventana.

Al día siguiente regreso a casa. Entro a la sala, me sorprende no ver a Claudia con su mirada acusadora. No escucho el llanto de nuestro niño. Avanzo con sigilo a la cocina. Está puesta en la lumbre agua para café. No escucho el silbido de la tetera pero instintivamente apago el fuego, el agua parece bullir con locura. Subo las escaleras, entro a nuestro cuarto sin voltear a ver a ninguna parte. El cuello me duele, la cabeza me da vueltas.

BAR

Recuerdo que del bar hacia la casa hay de distancia tan solo cinco cuadras. Al caminarlas me di cuenta que tenía en el pantalón sangre. Aún borracho las caminé pues es 25 de diciembre y como día inhábil la calle está desierta. Algo en ese momento me hizo suponer que este día se parecía al martes de la semana pasada, también ese día había regresado a casa como a esta hora. Me había encontrado a un ex novio de Claudia y nos habíamos peleado. ¡Cómo se parecía a este día! No sabía precisar si hoy era sábado o domingo, pero, ¡qué importaba! Desde hace dos meses me había sumido en una apatía por ver el calendario. ¡Todos los días se parecían tanto! Pero hoy, ¡hoy era igualito al martes pasado! El mismo resplandor del cielo, los mismos árboles meciéndose por el viento. La misma casa, misma suerte.

Un dolor intenso a los costados de la cabeza me estremecen de dolor.

Mis manos tocan un pedazo de piel pequeña que sale y cuelga. Como sospechando lo peor, me toco del otro extremo, ¡siento un hueco! ¡Mi oreja no está! ¡tampoco la otra! Me paro de la cama, veo mi rostro en el espejo del tocador. Un alarido prolongado y el horror de mirarme sin orejas me convulsionan empujándome a la cama. Me palpo y miro una y otra vez hasta comprobar que es cierto. Claudia entra con nuestro niño. Lo abraza fuerte mientras abre los ojos tanto como puede. Pone al bebé en su regazo mirando hacia su espalda, para que no me mire. Dice sollozando algo que no puedo escuchar. Sale muy rápido del cuarto. Pienso que me ha abandonado, me tiro a la cama de nuevo tapándome con las manos mis orejas mutiladas. Pocos minutos después llegan paramédicos quienes con señas me hacen entender que me debo calmar.

En el hospital no ceso de pensar y preguntarme ¿Qué enfermo pudo haberme hecho esto? No recuerdo nada. Mi mente está en blanco.

El cirujano de la clínica escribe en un papel que no puede hacer nada por mis orejas, que ya tengo muchas horas de estar sin ellas. Que si hubiera sido de inmediato tal vez hubiera funcionado. Ofrece sin embargo algunas posibilidades como ciertos injertos para no hacerme lucir tan extraño y unas prótesis. De cualquier forma son gastos que no podemos afrontar; decidimos que me quedaré sin orejas.

De un lado puedo escuchar susurros, aunque no escucho el viento ni el llanto de mi bebé que está por cumplir el mes que viene un año. No sé si ya dijo papá porque Claudia aún sigue molesta conmigo y casi no platicamos.

Lo que pasó esa noche me resulta aún desconocido. Cómo explicarle a Claudia que no es mi culpa. Las cosas pasaron de ese modo. ¡Qué iba

a imaginar que ese 24 de diciembre me esperaba un loco en un bar que frustrado de su existencia me arrancaría las orejas a la menor provocación! ¡Qué iba a suponer que una noche cualquiera los días dejarían de transcurrir para mí!, porque todas las noches, antes de dormir despierto o en sueños repito ese día tan parecido al martes. Es una injusticia para el martes, ¿qué culpa tiene el día? Sé que era otro día, sería muy fácil con ver el calendario del año pasado, pero ¿qué caso tiene? Para mí fue martes y martes fue.

El viento sopla, Claudia me comunica que en las noticias dijeron que "hoy habrá norte". Para los que somos del sur el "norte" es un vástago de huracán. La gente va al súper, compra los productos básicos, agua purificada; llena sus cisternas por si se va el agua y compran al menos un par de velas por si se va la luz.

Claudia, la mujer con la que llevo casado hace más de quince años ha salido de compras. ¡De seguro ella también traerá velas y mucha azúcar para el café que me prepara dos veces diario!

¡Cómo quisiera que fuera miércoles, esos días me encantan! ¡Desde niño esos son mis días favoritos! Un miércoles le pedí matrimonio a Claudia. Un miércoles por la mañana nos pasamos a esta casa, erigida con nuestros ahorros, respaldada con grandes y sostenidos corajes, también con momentos hermosos, inigualables. Únicos, como debería ser mi vida. Pero...

Hace algún tiempo los días transcurrían normales: domingo, lunes, martes, miércoles… ahora todos se quedan en martes, si me va bien disfruto a veces un sábado, pero sin haberle precedido el viernes. ¿Increíble, no?.

Como las monarcas

Mi madre es una misionera. ¡La admiro tanto! No hay invitación que rechace cuando de esparcir el evangelio se trata. Ella es como los ángeles que tenemos a un lado y casi nunca vemos. Sólo nos toca mirarlos en los entierros, las enfermedades, las decisiones difíciles, a veces se esconden y parecen susurrar, ¡es tu decisión! Recuerda: ¡libre albedrío! Mamá es gentil y suave como un bombón. Tiene el pelo lacio, largo y hermoso. Como ya le han salido las canas se lo pinta de castaño claro, un tono más claro que su color natural. Mamá nos ha dicho que se va.

–¿A dónde? –replica su esposo y su hijo menor que es mi hermano.

–Me han invitado a un viaje misionero. En algunas comunidades de Campeche aún no llega el mensaje de Dios.

–¿Y no podrías darnos ese mensaje aquí en casa? Aprovecharías a descansar, sabes que no has cuidado tu salud últimamente.

Mamá sonríe pero ya no escucha. Su mirada está en el viaje, la aventura, “la palabra”.

Mi hermano se pone a tocar la guitarra y el marido de mi madre sube a su recámara.

Ella prepara sus maletas mientras me mira como esperando algún reclamo.

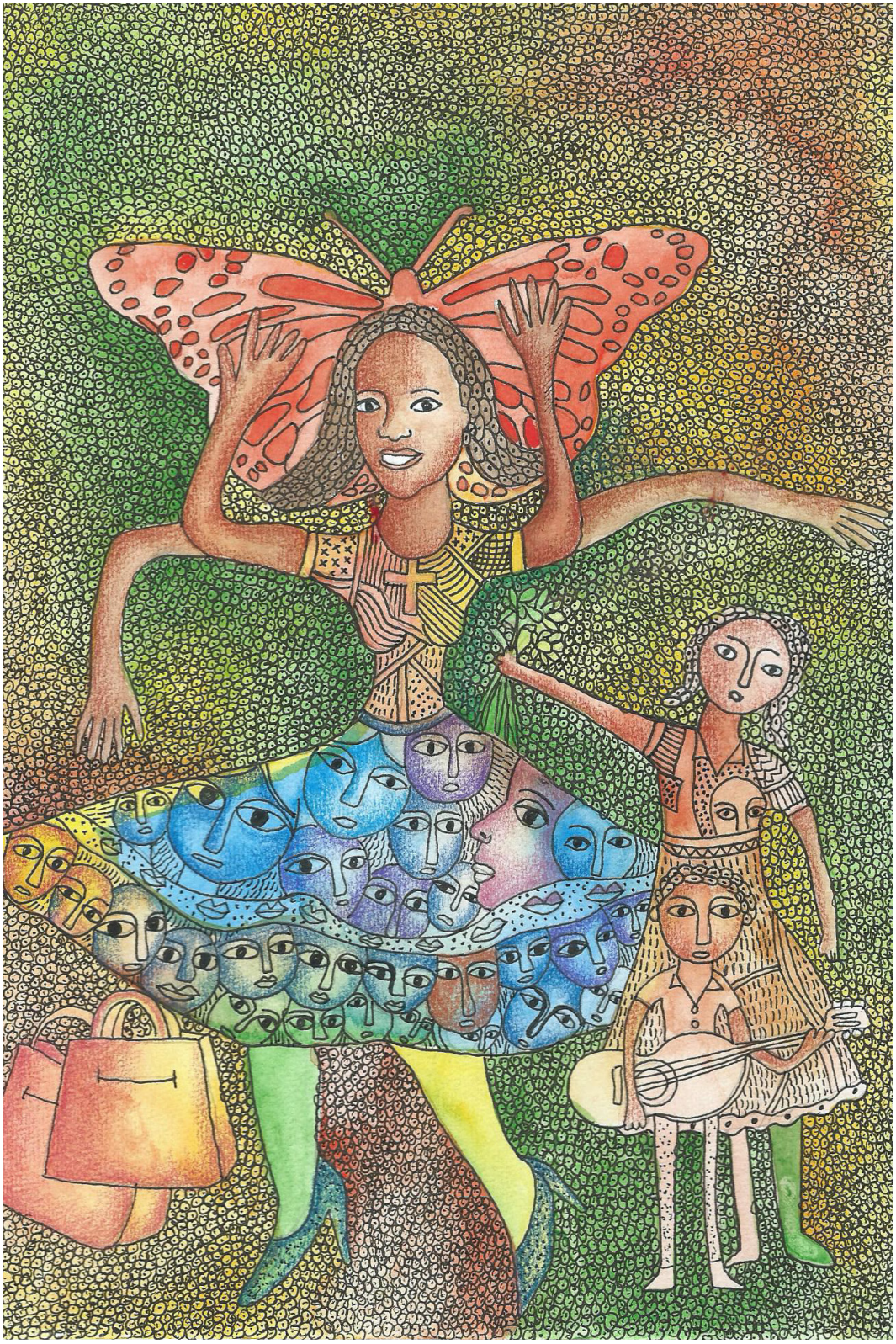
–Y tú, ¿qué dices?

–Nada mami. Que está bien si es lo que quieres.

Sonríe y me muestra unas fotos de su viaje anterior. Me cuenta cómo Dios la ha bendecido, cómo los ángeles del Señor han estado con ella en algunos sucesos de su vida.

–Es lo menos hija.

–Sí mami, es cierto.



Mamá fue una niña a la que la vida descuidó en muchos sentidos; una mujer que ha sufrido sin cesar por algún tiempo. Estudió una maestría y trabajó para el gobierno muchos años. Ella es a quien más admiro en esta Tierra. Es una mariposa que enmudece mientras se prepara y luego, escapa como las golondrinas y emigra como las monarcas.

Tiene esa chispa en los ojos que no se apaga, como una gran estrella de otra galaxia. Y da calor como un sol y frío a veces, tan sólo un poco, como una nevada o un refri a tres grados centígrados.

Se va y canta. Su esposo no ha querido despedirse porque la soledad no le gusta. Ni las despedidas. Mi hermano sube sus maletas al carro, le da un abrazo y un gran beso.

–¿Seguro que no quieres ir conmigo?
–¡Seguro! ¡Me quedo con papá!
La miro, sé que volverá el próximo fin de semana, pero mi mente ha fijado este instante en la eternidad. Lo ha descompuesto, detenido. La miro, tiene el ceño fruncido porque se echa reversa y hay un vehículo atrás que le estorba. Por fin sale, la sigo mirando mientras mi pequeña hija y yo decimos adiós y lanzamos besos volados.

Se ha ido. La casa es fría, la sala amplísima. El desorden se empieza a acomodar. Mi hermano sube a limpiar su cuarto y hacerle compañía a su papá.

Ella es una cometa. Su resplandor aguarda en nuestros corazones. Ansiamos que el tiempo pase rápido y regrese.

Trabaja hasta el cansancio, irse a la aventura es un premio a la monotonía de la ciudad. Su esposo y mi hermano han decidido llegar a media semana a pasar el tiempo con ella en ese pueblo al que la han enviado a predicar el evangelio.

Mamá se instala en el humilde cuarto que han preparado para ella, le sirven de comida frijol, huevo y arroz, de tomar agua de papaya. Según nos dijo ayer en la tarde antes de que empezara su prédica.

¡Cómo la admiro! Tiene luz propia aunque sea menguante en casa. Es soberbia como las olas del mar, no teme a la derrota. Está hecha no sé de qué, yo me doy cuenta que estoy hecha de miedos, aullidos. Es como si ella no fuera mi madre. Tal vez cuando era pequeña me cambiaron y

pertenezco a una familia sencilla y pobre del centro del país. Quizá ella no me heredó sus genes, quizá sólo soy una pequeña chispa pero no un sol como ella.

Mamá ha regresado a casa. Ha dicho:

–Me voy a mi cuarto.

No sonríe, está fría. Creo que su temperatura ha bajado a dos grados.

Está llorando. Alguna verdad la ha quemado en su viaje, me la han dejado más sensible que antes.

–¡Mamá, eres diabética!

–Sí mija, lo sé. ¡Dame a la niña!

Mi hija la abraza, ella se desploma. Algo ha pasado y yo no sé qué decir.

–¿Qué pasó?

–Nada, sólo es un leve decaimiento.

¡Sí, es mi madre! Su estado de ánimo oscila. Ahora es una pequeña escarcha en un sol hecho de plastilina. El dolor sin embargo alimenta ese poder que lleva y viene de lo alto. Porque ningún ser humano se ha caído y levantado tanto como mi madre.

Mamá se arrodilla, la acompañó mientras mi hija dice: Amén de manera insistente.

Su esposo le lleva caldo de pollo, mi hermano le coloca unos calcetines.

Mamá es una mujer invencible. Una misionera. Cazadora de milagros. Esa es mi madre. Ojalá se lo hubiera podido decir. Ahora ella se ha ido… de nuevo.

Una palmada en la espalda

Pensé que la vida sería más fácil ahora pero… me equivoqué. Estoy en el café del centro, escribo en mi libreta. Estas hojas costuradas que en la papelería las pide uno como “hojas de comanda”, o algo así.

Mi hija me ha pasado a dejar, después de acompañarme a sacarme unos análisis de sangre. Mi otra hija trabaja y casi no la veo. Al menor lo veo un poco menos porque está lejos. Ahora me toca estar aquí y a ellos, un poco retirados, distantes.

Hoy es un día diferente. El café negro que me han servido está más amargo que de costumbre. Está un poco nublado y llueve a ratos. ¡Me gustan los días nublados! Me recuerdan un poco a mi juventud y un tanto a mi niñez cuando salía a chapotear bajo la lluvia. En ese entonces no veía con esta melancolía, mis ojos eran nítidos aunque con un poco de dolor.

Mi madre se ha ido hace apenas unos meses. Me resistí al principio a ir al entierro. Mirar en ese cajón a mi madre es un adelanto de lo que tendré en unos pocos años. Mis pulmones tienen líquido, respiro con dificultad; no sé si resistirán mucho tiempo. Me he acercado a Dios y le he pedido, yo creo que sí me escucha, que me ayude a no sufrir antes de morirme.

Quisiera que mi descanso fuera suave como cuando una madre deja a su pequeño dormido en la cuna y teme que el menor movimiento lo despierte. Un abrazo cálido de Dios, o una palmada en la espalda que me diga contundente. ¡Tu hora ha llegado! Sé que me sorprenderá y diré en mi mente: No, aún no, pero en ese instante de mi último aliento diré: ¡Gracias! ¡Me voy contigo! Quizá veré una luz, tal vez una oscuridad cálida como la que tuve en el vientre de mi madre.

2015

Creí que mi vida ahora sería un poco más sencilla ya que disfruto un poco más a mis hijos, nietos. Sin embargo la estrechez económica me tira al fondo del abismo y me señala increpante, ¡cuánto tienes, cuánto vales! Tengo en la cartera unos pocos centavos y papeles que disimulan la crítica condición de no tener billetes grandes, tan sólo un dólar regalado que sale un poco, por si hay que sacar la billetera y alardear un poco sobre la prosperidad económica.

Estoy cansado. La muerte no me espanta. Cuando mi madre iba cayendo suavemente en el hueco de tierra, en su ataúd brillante y lleno de flores, miré por última vez su semblante y le dije: “Madre querida nos veremos pronto”. Ella me contestó: “Sí hijo, te espero, ya no fumes”. Mamá, le repliqué: “ahora es demasiado tarde”. Sé que mi madre me bendijo desde lo más profundo de la tierra; supe, después de verla, que nos encontraríamos pronto.

Hoy es un día raro. Tengo recuerdos de una tía que quise mucho en la infancia y de unos amigos en la adolescencia con los que viví grandes experiencias. En mi ex esposa, en algunas buenas amigas.

Ha sonado mi teléfono. Es mi hija. Ella también está rara. Mi otra hija, quien me acompaña sonríe con una sonrisa hermosa y puedo ver que es tan linda como lo fue mi madre y mi ex esposa. Hay cosas que siempre quise decirles a mis hijos. Grandes cosas que he preferido callar por temor a invadir sus recuerdos. Esa lejanía de mí que vivieron en su infancia y el temor a que me reclamen y me digan: ¡Dónde estuviste todos esos años! Y yo me derrumbe como nunca y entonces si me muera en un instante.

Mi hija mayor es bondadosa, malhumorada, ambiciosa, inteligente. Es una gran vela en mi vida y me sostiene cuando me caigo diario, sobre todo en las mañanas que despierto y miro a Dios contemplarme desde lo alto y decirme en susurros: ¡ya casi! La otra es creativa, soñadora, camina más aprisa y se desespera cuando no logra las cosas. Ella es un ángel ausente que me llama sobre todo en las noches cuando estoy escribiendo, me regala dinero o compra cosas que no necesito sólo para demostrarme que me quiere. El más pequeño temo lo he alejado de mí, quizá con mis exigencias de que sea grande y mire los talentos que tiene y se esfuerce por alcanzar sus metas. No le he sabido decir que no quiero que se parezca a mí. No quiero que vea correr la vida y se quede mirando. No quiero que sea mordaz cuando hable ni tampoco que no me diga te quiero porque supone que es cursi, ahora que es todo un hombre.

Ellos están a ratos conmigo, eso me basta, ya que exigir más sería absurdo. Los vacíos los voy completando con mis libros, algunos amigos, los recuerdos, el deseo de ver grandes a mis nietos. Mirar mis libros publicados, esos otros hijos a los que uno sí ve crecer.

Pago el café y subo contento al carro de mi hija. Ella está radiante. Es feliz.

Parece serlo. Sé que llora algunas veces de madrugada y que no quiere estar en esta ciudad, al igual que yo teme a la soledad; aunque estamos solos aun cuando nos acompañamos y miramos diario.

Ella me ha dicho:

–¿Qué quieres almorzar hoy? ¿Te hago unos bisteces, con frijol, aguacate, tortillas calientes?

–No, quiero huevo con chorizo.

–¡Pero sacaste triglicéridos altos la última vez! ¿Seguro?

–Sí.

Ella me complace. Almuerza conmigo, miramos la tele. La casa está extraña hoy, la veo más grande, más fresca. El árbol de naranja agria que está en el patio se mece y oigo caer desde la sala las naranjas maduras. Pienso que mañana le diré a mi hija –a la otra– que me haga agua de naranja.

Voy al baño, el ventanal que tenemos en este cuarto me deja atisbar unas iguanas que danzan y se enamoran alrededor del maguey que está a las orillas de la barda.

–Voy a dormir un rato. ¿Los niños están viendo tele?

–¡Sí papá! ¿Te gustó la comida?

–Sí, mañana también quiero lo mismo.

–¡Ya veremos!

Prendo la tele, mi compañera en momentos de insomnio. Dejo mi bastón, miro mis libros, mi computadora, el teléfono celular. Un sueño apacible mece la hamaca. Sueño con mi madre. Y también con mis hijos cuando vivíamos aún todos juntos. Sueño que les pido perdón, después, un temblor intenso me estremece, mis piernas están rígidas. Un dolor en el pecho, como una puñalada me levanta. ¡Ahí está! ¡Abro los ojos más aún! Quiero gritar pero el respiro no me deja. Quiero decir, a gritos para que oiga mi hija, adiós. La hamaca se estremece, mi cuerpo está ahora suave, no tengo dolor.

Te ves bonita

Ella me dijo ahí estaré. Fui temprano al paseo de los carros alegóricos. La idea de ir al cine me atraía más. Ella sin embargo prefería estar en medio del tumulto, en la fiesta de disfraces. Prefiero ver el carnaval desde la tele.

Ahí estaba la famosa gitana, esbelta, majestuosa. Un carro alegórico la paseaba. Movía las caderas y su danza me estremecía. Vi dentro de la masa de gente también a Maribel por quien todavía siento algo. Ella me miró y bajó la cabeza. Iba de la mano de un hombre al parecer más joven que ella.

Esperé un rato a que apareciera. Me había dicho que a las siete estaría cerca del teatro y la reconocería porque iría vestida de blusa roja y pantalón de mezclilla azul marino.

–¿Los de siempre?, –le dije, sin ninguna mala intención. Se apenó un poco y dijo con voz casi inaudible:

–Sí.

Dije inmediatamente para borrar el comentario poco atento.

–Te verás hermosa como siempre.

La esperé una hora y media, mientras, veía a la rubia que paseaba con un séquito de bailarines, todos ellos promocionaban una bebida de cebada.

Estaba en un rincón, aún así la gente me empujaba. Por eso no me gusta venir a los carnavales. La gente es más insensible que de costumbre.

Las imágenes son agradables, algunas cómicas, cautivantes, sin embargo, prefiero estar en casa mirando algún buen programa en la tele.

La gitana ha vuelto en la calle siguiente. La gente está absorta. Las risas y el llanto de los niños se convierten en una música tribal que reclama pasar a un nuevo ciclo.

La gente que está aquí busca, como yo, algo. Y en esa búsqueda se olvidan un poco de sí mismos. Están lejos, las imágenes cerca. El bullicio estremece; los venteros ambulantes ofrecen sus fritangas y la muchedumbre se abalanza. ¡Están hambrientos! El desgaste visual y auditivo remarca más la ausencia de sí mismos.

También yo estoy algo perdido. Ella me dijo a las siete, son ahora las nueve. El carnaval está en la cúspide de la emoción. La gente en las gradas ha empezado a levantarse y acompañan a los carros alegóricos. Algunos se suben, otros bailan desde abajo. Los pequeños también están en la fiesta. Pocos son los que lloran. Están pasmados mientras sus cuerpecitos se mueven con movimientos epilépticos que las múltiples bocinas remarcan con el pum pum pum que emana de los auriculares.

Miro mi reloj, cuarto para las diez. No vendrá, definitivamente. El cansancio de los pies parece asegurarme que debo irme, acostarme en la sala, quizá comprarme una pizza, tal vez prepararme un café.

Son las diez y media. El carnaval ha terminado. La gente sudorosa está ahora partiendo. Los niños que aguantaron la velada, van ahora acostados y sus padres los llevan con miradas eufóricas, mientras se miran asimismos satisfechos consigo mismos.

Hasta ahora empiezo a preguntarme, ¿por qué no habrá venido? Quizá fue mi comentario sobre su pantalón. Quizá no le intereso tanto.

La gitana ha descendido del pabellón que la tenía semi escondida. Es hermosa, a pesar de que los ojos muestran algunas leves arrugas. Pienso que puede tener unos treinta y cinco años. Ella sonríe y platica con algunos de sus acompañantes.

Se acerca, camina hacia mí. Sonríe. Pienso que es una bella mujer y que tal vez si la invito a cenar podría aceptar, ella dice:

–Hola.

No contesto, la miro. Por fin digo.

–Hola.

Unas manos me toman por el cuello, ahogando las palabras. ¡Es ella!

Volteo a mirarla. ¡Es ella! Digo en mi mente.

Sonríe como un ángel.
–¡Llevo rato buscándote!
–También yo, digo sonriendo. No trajiste la ropa que dijiste.
–No.
–Te ves bonita.

La gitana, ese fantasma de mujer, se ha ido. Estoy feliz de no haberla invitado. Un amigo me contó que una vez invitó a salir a una mujer disfrazada de Egipcia y mientras cenaban se dio cuenta que había algo extraño en sus facciones. Su disfraz de mujer empezó a ser obvio. No tenía la voz suave, ni las manos tersas. Era hermosa como una figura de plástico. Ostentaba un disfraz simbólico que representaba la ausencia, la pérdida que llevaba.

Ella por fin me ha besado.

Aniversario de bodas

Una bofetada me hizo reaccionar. No podía creer que me hubiera pegado. Después de la bofetada, mi madre me recriminó:

–¿Cómo es posible que permitas que te golpeen?

Mamá se estaba enterando que Mario me agarraba a golpes cada vez que llegaba borracho. Primero eran insultos, luego la agresión se convertía en puñetazos. No podía pararlos. No podía resistir los golpes.

A la mañana siguiente me maquillaba un poco más de costumbre. No sé si los niños se daban cuenta de los moretones. Supongo que sí, aunque no decían nada. La violencia que vivíamos era silenciosa. Me daba vergüenza salir a la frutería o a comprar carne. Para recoger a los niños de la escuela me ponía los lentes oscuros y una camisa cuello de tortuga que disimulaba un poco las manchas azuladas de mi barbilla.

Ocho años llevo casada con el papá de mis hijos. Mario siempre fue agresivo sólo que se controlaba. Hace un par de años su gusto por el alcohol lo empezó a trastornar.

Los puñetazos son de verdad, eso me recuerdo la mañana siguiente cuando él me pide perdón y dice que no volverá a tomar más. Sé que es mentira pero me aferro a la idea de que pueda ser verdad, entonces tontamente pienso en los niños. Lo más seguro es que él y yo nos hemos acostumbrado a este círculo, a este estilo de vida. Es cómodo si se le piensa bien.

Cuando está arrepentido no hay cosa que le pida y no me compre, pero sé que estoy jugando con fuego. Un día me golpeará más de lo habitual y no sé qué pueda pasar.

Papá también golpeaba a mamá. Hay en mi inconsciente ese deseo estúpido de repetir la historia. Mamá tuvo suerte que papá la haya dejado.

Pero yo, dudo mucho tener la misma suerte y yo… no puedo. Los niños no merecen esta vida.

Prendo la tele. La comida está lista. Mario dijo que quería puchero. Hoy en la mañana estaba cariñoso conmigo. Me susurró al oído "vámonos de vacaciones, sólo tú y yo". No contesté nada, sólo sonreí e imaginé que estaba en el mar, encima de un velero.

Hoy es nuestro aniversario de bodas. Compré una camisa para él que cuidé no viera. Es posible que no le guste y me diga que siempre le regalo lo mismo, y termine colgada en el ropero como otras tantas que le he regalado, pero… tenía qué comprarle algo.

Los niños se quedarán con mamá hoy. Él y yo cenaremos en algún lugar y después pasaremos a buscar a los niños. Mamá anda muy cansada últimamente y no puede cuidármelos más tiempo.

Mario ha llegado, le sirvo de comer. Los niños ya están bañados. Mamá pasa a buscarlos, pregunta si quieren ir al parque. Los beso y despido.

Él y yo siempre hemos soñado envejecer juntos. En un lugar tranquilo, en un pueblo tal vez. A veces somos tan parecidos y tan lejanos. Supongo que estar casados es eso, un acercarse y un alejarse a veces. Un esconderse y hallarse.

Está distante, han traído la carta. La mira, no dice nada. Sonrío y pregunto:

–¿Cómo te fue en el trabajo?

–Igual, ya sabes.

Tomo la cuchara y jugueteo la sopa que han traído sin que ninguno de los dos ordenara nada.

–Quiero este platillo –señala con el dedo. El mesero se acerca y apunta en su libreta.

–Yo quiero una ensalada, ¿cuál me recomienda?

El mesero me ha ignorado, se ha ido ante el llamado presuroso de alguien que ha tirado el vino. Mi marido sonríe ufano.

–¡Feliz aniversario de bodas! ¡Mira que te compré! –Destapa un sobre, pone en la mesa unos boletos de avión-. Son para la próxima semana. Pedí permiso en el trabajo. ¡Son para Italia, siempre has deseado viajar allá!, ¿no es cierto?

–¡Sí! ¡Gracias, qué detalle!

Siempre deseé viajar al extranjero. Mucho antes que nos casáramos. Soñaba con irme a la aventura, entonces apareció Mario, me enamoré. Luego llegaron los niños, una bendición. Los gastos, el ahorro para la casa, los imprevistos. ¡Es un gran regalo!, pienso. Abrazo a Mario. Sonríe, ya está como antes, como cuando no juega a sobresalir, mostrar su ego, fanfarronear. Medirse con los demás varones de un lugar. Es sobrio, apacible, de mirada cálida y amable. Lástima que después del vino se convertirá en un patán.

El mesero ha regresado y me ha pedido una disculpa. Me ha recomendado tres platillos de los cuales elegí la carne asada.

Mamá ha llamado y dicho que los niños están cansados y que los llevará a dormir a su casa. Todo bien, ha dicho antes de colgar y, ¡felicidades!

–Tengo algo más. ¡Mira! –Abre otro sobre con un tríptico, no lo presume ni lo lee. Calladamente lo baja colocándolo ante mis ojos.

–¿Es para un retiro?

–Sí, después de las vacaciones. Te lo prometo.

Su mirada está clara. No parece bromear. Titubeo antes de contestar

–¿Estás seguro?

–Sí.

La amenaza de la rehabilitación me altera, de pronto se enciende la mecha de los recuerdos, los gritos, insultos, los golpes. Me ha enfurecido la sola idea que sea ésta una broma macabra de alguien sin sentimientos.

Mario ha dicho: “¡cálmate!” Eso ha bastado para darle una bofetada. Está pálido. El mesero se ha quedado de pie y mira esperando lo peor. La gente está callada y esperando.

–Lo siento Mario. ¡Disculpen! Estoy mal. Creo que debemos divorciarnos. Ya no soporto más esta situación, eres un buen padre pero… creo que por salud debemos estar lejos. –Mario no ha dicho nada. Levanto mi abrigo, sonrío calmada–. Dormiré con los niños en casa de mamá.

Un invitado más

El panadero ha decidido ya no salir a vender pan. El desánimo había aparecido cuando una mujer embarazada dijo en su cara y frente a los vecinos que el pan francés estaba salado y que había encontrado en una concha un ala de cucaracha.

Esa infamia empezó a desgajarle el ánimo y cual polilla empezó a carcomerle el semblante, los hombros, las piernas de por sí flacas. Todo lo devoró la desesperanza. En casa para colmo, ese día su mujer lo irritó.

–¡Panadero bueno para nada!

Calló para no hacerlo más grande. Ya estaban viejos, qué más daba tirarla a loca una vez más. Ella también era dulce a veces como una hojaldra de jamón, queso y chile jalapeño. Era también picosa cuando había que serlo.

Juan era astuto para vender y hábil para hacer pan. Su talento era eso: hacer pan. Hacía las mejores panetelas del pueblo, las conchas, bolillos, teleras, volovanes, panqués, mantecadas. En casa de su madre, hacía muchos años, su padre y él habían puesto la primera panadería del pueblo.

En ese tiempo las muchachas lo seguían y soñaban con que fuera el padre de sus hijos. Era tentador tener de padre a un panadero. Sus pequeños nunca pasarían hambre y siempre habría para cenar pan recién horneado y chocolate o café caliente.

Abigail fue la afortunada. Sus hermosos ojos y larga cabellera lo cautivaron. Ella era aprendiz de comadrona. Juntos tuvieron los hijos más lindos del pueblo y ambos aprendieron con excelencia el oficio del otro.

2015

Juan rehusó casi siempre asistir a mujeres embarazadas. Abigail en cambio se había vuelto una talentosa panadera. Ahora estaban viejos. Los niños eran hombres ya casados, lejos del pueblo.

Aunque rehúsa salir a vender, hornea e idea nuevas mezclas para elaborar panes aún más exquisitos. Prefiere estar cerca del horno, amasar la mezcla, comerse de repente algún pan con imperfecciones. Aby piensa que ahora es un bueno para nada, no reconoce su talento. Él en cambio, nunca ha tenido problemas para reconocer que ella es mucha mujer y que es totalmente afortunado por tenerla.

Alguna vez, siendo joven soñó con tener la panadería más grande del pueblo, en este momento hay cinco y la competencia continúa arreciando. Concha la vecina de al lado quiere ponerle a su hijo un negocio de pan, aún no se sabe si venderá solamente o también se dedicará a hacer pan. Juan en algún tiempo enseñó a la mayoría de los jóvenes el oficio de panadero. Nunca imaginó que éstos le robarían la clientela.

Juan deseaba ser doctor, que lo estimaran en el pueblo por salvar vidas. Que le dijeran: “Sí, doctorcito”. “Cómo usted mande doctor”. En cambio era tan sólo un panadero, el mejor, pero… él hubiera querido ser doctor.

Su mujer últimamente lo agobiaba con comentarios desalentadores. Tal vez la menopausia la hacía decir cosas sin pensar. Ese padecimiento tenía seis años que no se iba ¿Cómo podría durarle tanto? Él estaba firme en su vejez aunque algo sensible, algo iracundo.

–Viejo, ya están los frijoles. –Sonrió Aby con esa bella sonrisa que antes tenía.

–Ya voy –replicó el viejo sin titubear. Los frijoles con epazote y calabaza eran su comida favorita.

–¿Te has fijado cómo he aprendido a hacer esas conchas gigantes que a doña Maura le gustan tanto?

–Sí vieja, has progresado mucho.

–¿Recuerdas cuando hacía bolillos y me salían como garrotes?

–Sí, lo recuerdo y, ¿tú te acuerdas cómo se me enredó el cordón de la criatura de doña Matilde en la mano, y no podía tirar del cordón porque la sangre me repugnaba?

–Sí, lo recuerdo viejo, como si fuera hace poco.

Juan estaba blando ahora, los recuerdos mojaban su frente o quizá el calor de los frijoles. Ambos sonreían y charlaban de cuán hermoso y gra-

tificante había sido aprender el oficio del otro. Se asombraron de cómo a pesar de no sospecharlo habían disfrutado tanto de la vida. Juan se levantó de la silla y fue hasta el comal a recoger las dos tortillas calientes que su mujer había torteado. Ella lo esperó en la mesa, pidió trajera consigo un limón, aprovechando que ya estaba de pie.

Bebieron agua de horchata, Juan pidió a su mujer le sirviera un poco más de frijoles.

–Hoy en la noche chiflarás igual que los petardos, viejo.

–¿Y qué? Podemos pensar que estamos celebrando algo, ¿no crees?

–Para celebración falta el pastel y los chamacos que están lejos.

–Ya no te acuerdes de ellos, están bien, hasta mejor que nosotros.

Abigail lavó los platos, salió a vender pan. Juan se quedó en casa horneando un pastel de tres leches. Ninguno de los dos se había dado cuenta que un hombre joven los miraba desde hacía horas por las rendijas de su jacal.

Este hombre piensa obtener el suficiente impulso para entrar a robar el televisor que yace en el comedor, como un invitado más.

Los regalos de Dios

Un animal empezó a brincar en mi cabeza. Sospeché que podía ser un piojo. Por la mañana, al despertar, tuve la impresión de que esta picazón era una señal de que algo andaba mal en mi vida. En caso de tener piojos constataría que algo diferente estaba pasándome. Pedí un poco avergonzado un shampoo para piojos en la farmacia, pregunté a la señorita que me atendió si el "marfil" iba incluido.

Me dijo:

–Sí, va dentro de la cabeza, perdón de la caja. – Miró justo a mis ojos, sentí que le había gustado, me avergoncé aun un poco más y agaché la mirada para leer las indicaciones de la caja. Revisé como era mi costumbre la fórmula del medicamento, la fecha de caducidad.

–¿Cuánto es?

–Son ciento veinte pesos.

En la cartera sólo traía cien pesos.

–¿Acepta tarjeta de crédito?

–Sí –dijo la señorita sin mirarme.

Saqué de la cartera mi credencial de elector y junto con la tarjeta las puse en el mostrador de la farmacia. Ella revisó meticulosamente la credencial, después me la devolvió, sonriéndome.

Un picor en la cabeza hizo restregarme las manos, con discreción me rasqué la nuca y por debajo de las orejas. Una fauna extensa se iba acumulando en mis sienes. Un desfile de carnaval, con maracas y disfraces se extendía por cada raíz de mi cabello.

La señorita por fin me entregó el producto, y la tarjeta.

Sonreí aliviado, me fui a casa de inmediato. En el trayecto mordidas

despiadadas fueron el resultado de una lucha iniciada con las uñas. Calculé que debían ser al menos cuatro piojos grandes, unos cuatro pequeños y varias liendres. Me llené de terror al pensar que la señorita de la farmacia pudiera haber visto algún animal caminando por mi nuca. Me pasa que cuando he tenido problemas de salud que considero penosos, como hongos en los pies, hemorroides, úlceras en la boca o piojos, las mujeres con las que he tenido contacto con motivo del padecimiento son mujeres atractivas que no puedo conquistar por interponerse la penosa causa que me llevó hasta donde están. Cuando me iban a operar de las hemorroides, hace tres años, conocí a quien era en ese tiempo enfermera de mi doctor. Tuve qué cambiar de doctor. No sé qué tonto pensamiento me entró y tuve qué abandonar de inmediato la consulta.

Pongo la mitad del frasco en mi cabeza húmeda, espero unos minutos como explican las indicaciones. El olor es intenso, tengo que ponerme un trapo en la nariz para aguantarlo. Me enjuago abundantemente. Los animales eran más de los que calculaba. Recuerdo que cuando era niño y mis hermanas y yo nos cundíamos de piojos, mamá nos espulgaba; tronaban las liendres, sonaban clic, como un estallido en miniatura. Mis hermanas se divertían espulgando a otras niñas, pues cuando alguno traía piojos se encargaba de esparcirlo por el vecindario.

Algo me pasa ahora que tengo piojos, es como si estos animales me estuvieran dando una señal, no precisamente de cuidar mi higiene. Se sabe que a estos bichos les gustan los cabellos limpios. Sino como de recordar mi infancia, ¡eso son, un recordatorio! De todo lo que anhelaba ser. Estos animales impiden que piense en algo más que no sea exterminarlos. No tengo pensamientos ociosos ni fuera de lugar como los que de manera frecuente circundan mi mente. Pensamientos tales como, ¿estaría bien robar un banco? O la vecina de enfrente casi siempre deja su garaje abierto, ¿acaso no teme que se le meta alguien?

El trabajo de ocho de la mañana a cinco de la tarde no me deja exhausto, pero la lucha con estos animales, sí. Ha sido breve pero intensa, se defienden bien, se agarran fuertes a las raíces. Si se les analiza bien son un ejemplo. Se multiplican, trabajan unidos, se defienden; quizá mucho menos que las hormigas pero los piojos tienen lo suyo.

Es domingo, mi último día para correr a los animales de mi cabeza. Unas cuantas liendres han permanecido, lo sé, porque he visto en el espejo a dos abrazadas con firmeza a un mechón de mi cabello. Mañana lunes habrá revisión de cabezas por personal sanitario contratado por la empresa. Como sucede en las escuelas con los niños, se revisará cabeza por cabeza pues

la plaga ha consumido los cráneos de los líderes obreros y administrativos de la empresa y no piensan, como yo en nada más que no sea quitarse la insoportable picazón de la cabeza.

Un piojo bebé sale del peine con dientes unidos que el shampoo trajo consigo. Ya no tengo para echarme. Seguro exageré vaciándome la mayor parte del contenido del shampoo en los cabellos el mismo día que lo compré. Un espíritu de guerrero me invadió en ese instante que pretendí aniquilarlos como en un incendio hecho por conquistadores que no olvidan esparcir a todos los rincones el fuego y no dejar nada hasta volverlo todo cenizas; toda evidencia, todo rastro consumidos por el calor sofocante de este elemento. Me ardió la cabeza cual pradera llana sin fauna ni vegetación, ahora era un desierto mi cráneo. Al menos eso pensé, hasta hoy en la mañana que miré a ese piojo bebé que seguramente lloró cuando con mis uñas hice clic.

Voy a la misma farmacia a comprar un nuevo shampoo con la esperanza de que éste frasco sea el que culmine la batalla entre los moradores de mi cráneo y yo.

La muchacha bonita está ahí como esperándome, me dice.

–¿Qué va a llevar?

–Un shampoo para piojos, para matarlos. –Ella tiene un hermoso collar verde turquesa que sobresale a su bata blanca, pienso hasta parece doctora. Sus ojos son verde claro y sus pupilas bellamente agigantadas, quizá por la tenue oscuridad que tiene el cuarto de atrás donde parecen estar los medicamentos.

–Disculpe mi atrevimiento, usted me ha gustado mucho, mi nombre es Salomón, ¿puedo venir a platicar con usted de vez en cuando, tal vez en su turno de la tarde, cuando no haya mucha clientela? –Sonríe sin mirarme fijamente.

–Mucho gusto, mi nombre es Rosa. Sí, sí puede.

Pagué el shampoo y unas galletas que le regalé a Rosa.

Llegué a casa decidido a acabar con mis inquilinos. Tomé un baño, quise conservarlos hasta el final de la ducha, mientras reflexionaba en todas las ocasiones que me había infectado de piojos en los últimos años. Aprendí que había disfrutado, de alguna manera extraña, de su estancia en mi cabeza. De no ser por ellos no hubiera conocido a Rosa. Me gusta pensar que son un mensaje, un bello mensaje que ha mandado Dios a mi cabeza para obligarme a pensar en otras cosas. Tal vez me ha mandado a decir: “¡Salomón te mando piojos y con ellos un regalo!, ¡ah! Y esta vez ¡ponte las pilas!”

Era claro, Dios me estaba mandando una compañera.

Mirar el árbol de tamarindo

Verónica se encontraba ante una disyuntiva. Irse al extranjero, a cualquier lugar, o permanecer en esta Isla y consumirse por el abandono de su marido. Sabía que este dolor no sería para siempre, que llegaría un amanecer en el que no sintiera más que cosquillas y un hermoso sentimiento de haber vivido con su ex marido experiencias tan variadas y fructíferas. Las cosas habían sido de este modo pero era indudable que había amor en la corteza de sus emociones al tratarse mutuamente, eso perjudicaba grandemente este proceso.

–¿Cuándo te vas?

–No sé si me iré.

–Deberías, la distancia te ayudará a olvidar y poner todo en perspectiva.

Verónica no desechaba los consejos de su padre, pero ella prefería quedarse. Resolver cara a cara el dolor, aquí y ahora. Se encerró en su cuarto y miró por la ventana hacia al jardín. Hermosos tulipanes se escondían tras un follaje robusto que no habían podado. Un par de picaflores se encargaban de aletear y succionar de manera caprichosa una y otra flor, sin detenerse mucho en alguna en particular. Verónica recordó a Gabriel y cerró la cortina. Se recostó en la hamaca y después de un llanto prolongado se empapó la cara con agua y salió a desayunar.

–Son las doce del día. ¿Acaso te dejarás morir de hambre por ese ingrato?

–Papá no exageres.

–¡Ten! ¡Cómetelo todo!

Fue a mirar el árbol de tamarindo enorme que daba una sombra exquisita. Recordó su infancia. Cuando en casa de su amiga Tina, vio por primera vez un árbol de tamarindo gigantesco, como el que ahora su padre tenía

en casa. Siempre ansió tener una casa como la de Tina, tenía una gran piscina y un patio muy grande con resbaladillas y columpios, y árboles de mango y naranja con los cuales jugaban a que eran casas. A ella le gustaba el árbol de mango pero casi nunca podía hacer de él su casa, la dueña lo reclamaba como su vivienda, así que ella optaba por el de naranja que era mucho más pequeño. A éste no se podía subir, sus brazos (los del árbol) eran débiles.

Se recostó en una hamaca que papá había puesto de rama a rama en el gran árbol de tamarindo sobre el cual se alcanzaban a mirar los destellos del sol. Esta quietud le recordaba a Gabriel, extrañamente.

Su matrimonio había oscilado entre el amor e indiferencia. Gabriel era voluble, caprichoso, egocéntrico. Ahora podía ver claramente los defectos, sin duda él también veía ahora los suyos, sin el velo del enamoramiento. Nueve años de matrimonio eran suficientes… Se echó a llorar nuevamente, mientras destrozaba en pedazos pequeños la foto matrimonial que por lo general acostumbraba llevar en la cartera. La tortura era aún más intensa cuando recordaba que él estaba de vacaciones con su nueva pareja y que según los rumores pronto tendrían un hijo.

Un hijo sería la diferencia para no sentirme miserable –se dijo a sí misma, mientras se tocaba el vientre como ansiando un milagro divino. ¡Si tan solo tuviera un hijo! Una idea temeraria le pasó por la mente en ese instante. ¿Por qué no adoptar?

Llegó al único orfanato que tenía la ciudad. Era grande, espacioso, muy verde. En el centro las recámaras de los niños se encontraban divididas, de un lado varones, de otro, mujeres. Pidió hablar con la directora.

–¿Por qué desea adoptar?

No diría que por soledad, por supuesto; se lo tomarían a mal, pensarían que es egoísta.

–Siempre he deseado tener un hijo, pero no me ha sido posible naturalmente.

–¿Es todo?

–No, la principal razón es que siento gran cariño por los desamparados, quisiera tener a una niña a la cual pudiera ofrecer una mejor calidad de vida, no digo que aquí los niños no la tengan. Se mira que están bien cuidados. ¡Ya sabe a qué me refiero! Darle a un ser humano amor y cuidado me haría muy feliz.

Recorrió el lugar con la mirada, buscando encontrar al prospecto de hijo. Ansiaba una niña, tal vez un poco parecida a ella o tal vez a él. De preferen-

cia una pequeña, alguien que pueda decirle mamá y más tarde no recuerde mucho esta vida solitaria. Deseaba una compañerita.

Ahí estaba ella. Una pequeña de no más de tres años, estaba sentada solita en una banca que miraba al jardín. Tenía en la mano un papel que estrujaba a ratos y una ramita con la que escribía en el papel arrugado.

–¿Me puedo sentar? –La pequeña guardó silencio–. ¿Qué escribes?

Mostró la hoja, estaba en blanco.

–¿Ya sabes escribir? –La niña movió la cabeza expresando que no–.

¿Cuántos años tienes?

–Cinco años.

–Te ves más chiquita. ¿Cómo te llamas?

–Lola

–¡Qué bonito nombre! ¿Sabes contar?

–Sí, hasta el cincuenta.

–¿Te parece si jugamos a las escondidas? Yo cuento primero.

–¡Sale!

Verónica observó a la pequeña, su desnutrición era inaceptable. Tenía el cuerpecito enjuto y las pupilas algo dilatadas, con pronunciadas ojeras que la hacían verse como un mapache.

–¿Te cuesta dormir?

–A veces.

Regresó a casa, más no pudo quitarse de la mente la cara de Lola. Gabriel había estado ausente en sus pensamientos toda la mañana. Se sintió feliz y tuvo miedo que el deseo de adoptar fuera una estrategia de su mente para no pensar en Gabriel. La verdad era que no deseaba pensar en ella misma. Lo que quizá, era peor.

Don Leonel entró a su recámara sin tocar la puerta.

–Vero, te llama por teléfono ese infeliz.

Pensó en decirle a Gabriel que sería madre de una hermosa niña de cinco años a quien sus padres habían abandonado. Pero… calló y escuchó. Él estaba arrepentido.

La tía tenía una regla

Las rosas rojas se veían mejor en la mesa del centro de la sala. Pero no podía ponerlas ahí. Sus sobrinos Luisa y Ricardo llegarían de visita con su hermana y seguro la pequeña tiraría el florero o deshojaría las rosas.

Fue a recoger a las visitas a la estación de autobuses. El más grande bajó primero, empujando a una anciana que se abría paso con su báculo en el que llevaba adherida una extraña calcomanía de mariposas. Atrás de la anciana, con mucho cuidado bajó Luisa tomada de la mano de su madre.

–Paula, estás hermosa, ¿qué te hiciste en el cabello?

–Me lo pinté, ¿en verdad me queda bien?

–¡Muy bien! Hola Ricardo, Luisita, ¿cómo estás? ¿Qué tal el viaje? Cansado ¿no?

–Sí, algo.

–Tía, ¡mira que te compramos!

–¡Empaquen ese regalo, se lo damos en su casa!

Los jabones en forma de conchas de mar cayeron de la bolsa de regalo que tenía un hoyo.

–No te preocupes.

–Mejor ya vámonos.

La casa estaba limpia. Cerca del comedor el florero lleno de rosas rojas esperaba a las visitas.

–¿Tienen hambre?

–No, no mucha.

–Iré a calentar la comida.

En la sala el bullicio era intenso. Luisa peleaba por ver su caricatura favorita. Ricardo insistía a su madre salir en ese momento al zoológico. Paula hablaba pausado, en tono áspero.

–Después de comer puedo llevar a los niños al zoológico. Puedes aprovechar a dormir un poco.

–¿De verdad?

–¡Claro!, tiene al menos dos años que no veo a estos traviesos, seguro se sabrán comportar.

De camino al zoológico, los pequeños fueron contándole a Patricia las aventuras en el colegio. Los domingos en el club. La pequeña mencionó que tenía novio y se llamaba Isaac.

Patricia amenazó sutilmente a los pequeños que si se portaban mal, hacían rabietas o no hacían caso; no los volvería a sacar de casa durante los cuatro días que pasarían en este lugar. Ambos niños pactaron pasársela bien, sin hacer travesuras. Pati sonrió y los abrazó. Luego compró un algodón de azúcar a cada uno.

Empezaron por los monos. La jaula era inmensa, se encontraba dividida en ocho secciones, diferentes especies posaban para los visitantes. Un orangután recogía tierra de su celda y la tiraba a los visitantes incautos que se acercaban más de lo debido. Monos aulladores saltaban regocijando a la multitud que aplaudía ante las acrobacias de los monos más pequeños.

Los tigres paseaban por las jaulas, mientras uno iba otro venía. Intercambiaban miradas por breves segundos, abrían el hocico, continuaban girando una y otra vez por la celda llena de comida. Se miraban aburridos.

El oso estaba recostado, quizá acababa de comer. La gente lo hablaba a gritos diciéndole.

–¡Levántate oso perezoso!

Luisa y Ricardo también gritaron. Pati los calló de manera enérgica.

–¡Acaba de comer, dejémoslo en paz! ¡Vamos a ver a los leones!

Un león rugía a una leona; ésta lo ignoraba, encima de ella estaban dos cachorros patas arriba, chupando leche.

La casa de los espejos no provocó interés en los pequeños, en cambio un enorme brincolín fue la atracción más importante. Pati pensó que era bueno que los pequeños gastaran un poco de energía. Pagó cuarenta pesos por veinte minutos de cada uno. Se sentó a mirar. Un niño gordito luchaba por mantenerse de pie en el aparato de metal que a través de su red proyectaba a los pequeños hasta casi tocar el cielo raso del juego.

Luisa reía mientras empujaba a cada uno de los niños que llegaban hasta ella. Se estaban divirtiendo. Pati se relajó. Tomó agua. Una persona se sentó a su lado. La tía tenía una regla: no mirar a la gente directamente a los ojos. Recorrió con la mirada el contorno de la cara del joven; por sus facciones supo que era un hombre de al menos treinta y cuatro años. El hombre ayudó a subir al brincolín a una pequeña. Escuchó que su nombre era Minerva y tenía cuatro años.

Luisa y Ricardo sudaban, reían a carcajadas. Pati tomó un libro pequeño de su bolsa. Lo abrió y empezó a leerlo. Los niños la saludaron desde arriba pero ella no pudo percatarse. El olor del hombre que estaba a su lado le era familiar. Quiso mirarlo a la cara pero su regla era no mirar, a menos que lo conociera. No, no lo conocía. Se parecía un poco a su hermano, un poco también a un enamorado de la secundaria pero no era.

Los veinte minutos habían acabado. Los pequeños descendieron del juego, se pusieron los zapatos. Luisa dijo: ¡gracias tía, me divertí muchísimo! Ricardo exclamó: ¿ya nos vamos? No. –contestó Pati, mientras ayudaba a la pequeña a ponerse un zapato.

– ¡Un cocodrilo, se salió un cocodrilo! –dijo una mujer que corría desesperada con sus dos hijos.

Los gritos de la gente alteraron a los animales. El oso y los leones rugían. Los monos aullaban. La gente corría desesperada hacia la salida. Luisa y Ricardo querían ver al cocodrilo que andaba suelto. Aunque la idea entusiasmaba a Patricia, no podía arriesgarlos. Sugirió quedarse en el brincolín, a esperar lo capturaran. La dueña del aparato permitió a todos los aún presentes subieran. El hombre también se quedó. ¡Sí, era su novio de la secundaria!

La luz del baño

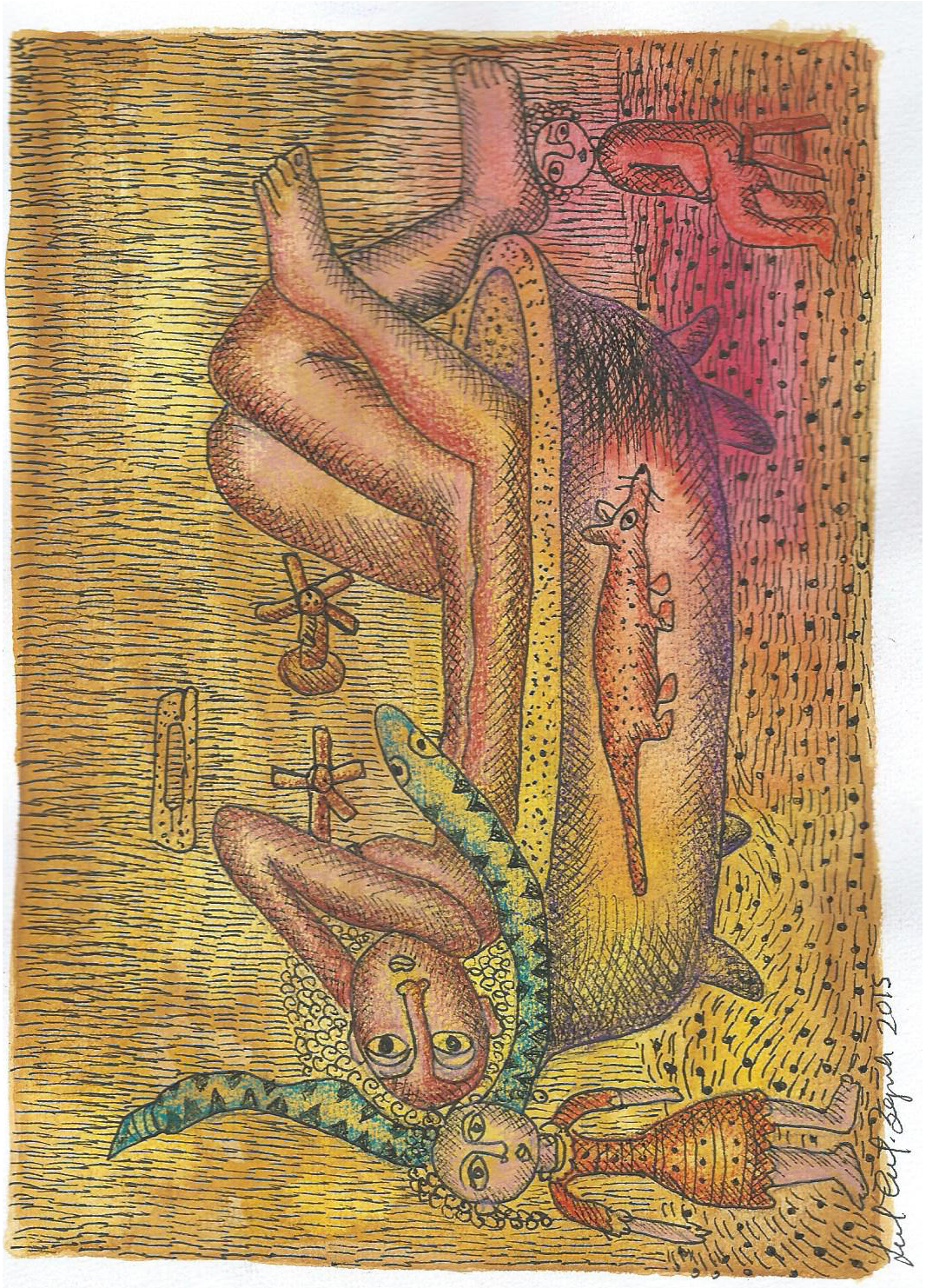
A las cinco de la tarde la luz entra por el baño. El sol tenue resplandece por la ventana. El inodoro, la bañera y el piso se iluminan, el color oro con el que están pintadas las paredes, semejan algún baño real o mejor aún un cuarto lleno de ángeles.

Cuando era niña me tiré del techo de mi casa. No recuerdo qué pensé pero recuerdo haber caído sobre la espalda de alguien. Siempre pensé que había caído sobre un ángel. Cuando entré a la secundaria me enteré que un primo ya fallecido me levantó del suelo, según mi tía no caí sobre su espalda sino sobre una pierna que por cierto nunca le quedó muy bien desde entonces. Fidel se llamaba mi primo.

Mamá dice que a los cinco años era una sonámbula consumada. Despertaba atrás del tanque de gas, sentada en la silla del comedor, en el suelo de la sala. Una vez en un campamento de adolescentes al que fui en compañía de mi hermana, –ella era la adolescente, yo una niña–, caminé dormida hacia una piscina profunda que se encontraba a siete metros del dormitorio. Cuenta mi hermana que el ruido de la puerta, al abrirla, la despertó. Me detuvo instantes antes de caer.

Pienso en si no me hubiera detenido. Esa noche había llorado porque extrañaba a mi mamá. Mi hermana decía que era exagerada, nunca entendí por qué ella no lloraba, supongo que porque era más grande y fuerte. Imaginé que Dios me acariciaba el cabello y que me besaba con el beso de buenas noches.

El baño me recuerda un poco a ese tiempo porque la luz que miré esa noche era idéntica a la que entra por la habitación todos los días a las cinco de la tarde.



Sé que tal vez suene ilusa pero siento que ángeles buenos o malos nos llevan, siguen, incitan, lloran, reclaman. Que nos miran a veces para aplaudirnos. Y que nos dejan tocarlos, o mirarlos a través de la luz o a través del llanto.

Esta mañana al despertar me ha dicho mi hijo pequeño que por qué he despertado en su cama. Le he dicho, con un poco de vergüenza: “es que vi algo en mi sueños, sentí ganas de llorar y tuve miedo”.

Por la tarde, decidí tomar un baño en la tina, eran las cinco de la tarde y el baño no se alumbró como de costumbre. Estaba en penumbra. Prendí la luz y observé que un roedor salía por la esquina de la tina. Lancé un gemido aterrador pero nadie me escuchó porque estaba sola o al menos eso pensé. Por el mismo lugar de donde había aparecido el roedor, salió una serpiente verde que sacaba sonriente la lengua, y parecía que hacía una tenue reverencia. Me quedé estupefacta. No sabiendo si correr, o gritar. Por fin, no hice ni una de las dos cosas. Pensé que lo estaba imaginando. A veces me gusta imaginar y entonces las imágenes de la mente brotan como si fueran gotas de agua, hacen un charco y se vuelven realidad. Tuve miedo de que salieran más animales. Entonces agarré una toalla que tenía cerca y se las tiré a esos animales horrendos. El ratón lanzó un gritito y la serpiente movió su cuerpo escabulléndose hábilmente hacia el interior de la tina. Entonces actué tan rápido como pude, abrí las dos llaves, jalé la toalla y empecé a vaciarles agua. Mis hijos gritaron que les abriera la puerta. Pensé: si me salgo del baño estos animales desaparecen. La solución era seguirles echando agua y dejar esperando a mis hijos hasta que la tina estuviera llena.

Los animalitos se estaban ahogando de verdad y me dieron mucha lástima. Pensé: después de todo ellos también son creación de Dios, aunque algo repugnantes a mi parecer. Y me pregunté: ¿por qué Diosito los habrá creado? Luego me contesté: por la misma razón que creó al ser humano. ¡Porque ama crear y para él no hay criatura fea!

Mis hijos gritaron más fuerte. La luz natural del baño empezó a llegar. Quise apagar la luz eléctrica pero mi mano no llegaba hasta el apagador. Entonces apareció algo espectacular. Una sombra de algo grande y alado se paró enfrente de mí. Era nada más luz pero estaba rodeada de una gran magnificencia; esa luz titilaba como lo hace en la pupila el reflejo directo y constante de una luminaria de la calle. Esas bolas gigantescas que en los ojos adquieren tonalidades azules, amarillas y hasta moradas.

Mis hijos aporrearon la puerta, entonces supe que me estaba ahogando. Miré por debajo del agua; la esponja con jabón, atorada en uno de mis pies me hacía caricias, como lamidas de un roedor, mientras la garganta engullía gritos desesperados.

Esperaba ver un ángel que me salvara pero lo siguiente que vi fue a mi marido jalándome el cabello; lo miré con agradecimiento y con terror. Luego desperté en mi cama. Los niños me acariciaron el cabello y me contaron todo. Pregunté si habían encontrado algún animal o animales en la bañera.

Los pequeños preguntaron: ¿cómo cuáles?

–Pues como abejas, serpientes, cucarachas o ratones.

–¡No mami!, ¡cómo crees! –dijo asombrado mi hijo mayor.

–Ah, entonces lo soñé.

–¿Qué soñaste? –dijo la pequeña poniendo sus manitas en su barbilla mientras mecía sus piernas, acostada boca abajo.

–Soñé que…miraba un ángel.

–¡Ay mami!, ¡otra vez ese cuento! Ya te dije que ese era mi papá que te estaba sacando de la bañera porque se te olvidó salir después del baño.

Reí de esa explicación de mi pequeña. Y recordé que nuestra mente crea las cosas más absurdas para sacarnos de la monotonía de la vida y también para creer, con fe, que somos la creación más bella de un ser todopoderoso.

Cuando pase la anestesia

Tengo fríos los pies. Al lado de mí, en otra cama, se encuentra un pequeño que acaba de salir de una operación. Estoy sola y pienso que me voy a morir. El dolor en mi vientre es tan intenso que hago como puedo una plegaria a Dios. No sé a dónde se llevaron a mi hija. La enfermera me dijo que iban a hacerle unos exámenes y después la llevarían al cuarto.

Tengo el cuerpo rígido. No siento las piernas. No puedo moverlas, es como si no existieran. La anestesia aún no ha pasado y estoy afuera del quirófano porque al parecer debo llegar al cuarto después de que se me pase la anestesia, es decir cuando sienta hormigueos en las piernas.

Mi esposo debe estar afuera esperando saber de nosotras. Mamá también debe estar ahí esperando ver a su pequeña nieta. Siento que me muero.

Este dolor es tan agobiante que una debe dejar las cosas listas en la mente por si no “la cuentas”.

Me preocupa mi otro hijo, el mayor y por supuesto mi pequeña Lilí. Si muero ellos deberán estar con su padre y sus abuelos.

Una rápida mirada a mi pasado me llena de asombro. Es increíble lo que puede una hacer en tan pocos años. Empecé siendo una niña, una nena a la que la inundaban pensamientos negativos. Una pequeñita egoísta, iracunda, retraída. Luego crecí un poco y estos atributos se acentuaron.

Crecí en varios lugares, la secundaria la estudié en cuatro escuelas diferentes. Mamá era cambiante, creía que lo mejor para ella lo era también para una. El primer año de la prepa fue normal, creí que había llegado un equilibrio a mi vida. Entonces mamá quiso adelantarme un poco. Me inscribió al mismo tiempo en la preparatoria abierta. Creí que era divertido,

no sentí la carga que empezaba a llevar en la espalda. Años más tarde lo sabría.

Terminé los tres años de la prepa en un año. Presenté el examen de admisión a la carrera de derecho. Estudié mucho, día y noche. Me entusiasmaba conocer gente nueva, estar ya en la carrera. En el mes de julio fui a la facultad de derecho, busqué mi nombre en las listas; ahí estaba, era yo.

Había pasado el examen. A los quince años de edad estaba ya en el primer semestre de la carrera. No decía mi edad, trataba de mostrarme igual a todas. Intentando parecerme a las muchachas de dieciocho, y un poco a mi papá, aprendí a fumar, y a tomar.

A los quince años debía estar en otro sitio, no sabía el porqué de muchas cosas. Creo que fui consciente de que debía parar el tiempo, que debía tomarme las cosas con calma, sin embargo, ¿cómo hacerlo con jóvenes que me llevaban de ventaja dos años de experiencias, conocimientos de la vida?

Académicamente no tuve problemas. Socialmente la carrera fue un golpe que apenas pude resistir cuerda. Me introduje en toda clase de vicios. Aprendí a desestimarme. La pequeña estaba quedando atrás, una adolescente obstinada se abría paso. Una mujer en crecimiento. Años más tarde descubriría que mi corazón ya no era de carne. En cinco años me obligué a aprender, movida por esa desventaja de dos años, pero me fui más allá.

Me obligué a aprender situaciones que no debía vivir sino a los treinta, a los veinticinco, a los veinte. Me sumergí en un abismo de contrariedades y contradicciones. Mi vida era un caos, no sabía dónde empezaba ni qué edad estaba viviendo. ¿Qué era yo? ¿Era una niña, una mujer, una anciana?

Tuve la osadía de acompañarme del café y unos cuantos libros de filosofía que me dejaron un poco más confundida. El pesimismo se remarcó aún más. Pretendí, algunas veces, ser parte de los personajes de algún libro, seguir los consejos de quienes aparentemente sabían quiénes eran. Pero nadie puede vivir vidas ajenas. Ahora la suma de mis experiencias buenas y malas, estaban alcanzándome. No sabía con qué cara encararlas. Algunas habían sido hechas con la cara de niña, por lo tanto debía afrontarlas desde esa etapa. Otras debía asumirlas como mujer, aguantarme y mirarlas hasta poderlas entender. No pude, no podía. Empecé a sentir miedo de mí misma. No sabía quién era yo. La soledad entonces cobró vida, se hizo gigantesca, grosera, impaciente. Ella también creció. Apareció una mujer robusta y fuerte, una mujer alimentada por mi caos; ella es la depresión.

Ésta sacaba a su antojo lo bueno y malo de mí. Me colocaba por igual ante cualquier circunstancia con ambas caras: la de antes y la de ahora. Me decía "¡Ahí está! ¿No querías crecer? ¡Ahí está! ¡Defiéndete!"

¿Qué podía hacer? Apenas era una David contra un Goliat. Pero…yo no tenía a Dios. Mi pequeñez era abrumadora. La contrincante me despedazó.

Así pasé al menos diez años de mi vida, peleando contra ella, contra mí misma, contra todos. Abordé varios caminos intentando distraer a mi enemiga. ¡Que viera que ya no podía hacerme daño! Cuando llegaba me hería de muerte; cada vez era más intenso el ataque, y tardaba más tiempo en reponerme.

Alguna vez iba a matarme, estaba segura. Mientras el dolor, la culpa, la confusión, se iban acumulando. Cada situación venía acompañada de una más; cada una exigía respuestas y cada una me tiraba en la cara a la precedente, de tal manera que no sabía si actuar o quedarme quieta. Aún así elegí actuar. Vivir.

Los aciertos a mi favor empezaron a subir. Empecé poco a poco a tener confianza de mí misma. Aún así ella regresaba y me aventaba los avances.

Estrujaba en mi cara cuántas veces me había equivocado, a la gente que había defraudado. Caí en el juego, en vez de pelear, lloraba, me auto compadecía por haber sido tan mala. Ella se mofaba en mi cara, me daba treguas escogidas a su conveniencia. Una pudiera pensar que en vacaciones ella descansaba. ¡No! Ella no descansa.

Después de mi primer parto apareció. Me aseguró que no sería buena madre. ¿Qué clase de valores vas a enseñarle? Me recriminó. Le mostré algunas de mis buenas acciones, que ya estaba cambiando. ¡Bah! Me dijo y se fue molesta.

Este es mi segundo parto. Estoy débil, presa de su ataque. He pensado que me voy a morir. Le he dicho a Dios que me deje sanar. Que tengo mucho potencial. Ella está ahí mirándome, esperando hallar algún pensamiento negativo que la haga subir a mi cama. Hablo en mi mente lo que quiero llegar a ser. Ella aguarda, más pequeña, con los años ha bajado su talla.

Tiene ojos diminutos, grandes ojeras. Ella está cansada de pelear. Yo, feliz de vivir. Ella se llama Depresión, yo, Liliana.

Liliana de los Ángeles Ceballos Vargas

Nació en Mérida, Yucatán, el 16 de febrero de 1982. Es maestra en derechos humanos y grupos socialmente vulnerables, por el Instituto de Estudios en Derechos Humanos del estado de Campeche y licenciada en derecho por la Universidad Autónoma del Carmen. Fue violinista integrante de la Orquesta Sinfónica Juvenil y de la Orquesta de Cámara, ambas de la Casa de la Cultura de Ciudad del Carmen, por doce años, hasta el 2009.

Ha formado parte de los talleres de redacción y de creación literaria en la Casa de la Cultura de Carmen, y el taller independiente *Manigua*, en la misma ciudad.

En el año 1998 obtuvo premio único por su ensayo *El papel de la mujer en la transición al tercer milenio*, organizado por el Ayuntamiento de Carmen. En 1999 obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuento convocado por la misma institución. En 2006 obtuvo el Premio Nacional de Cuento Corto *José Agustín*, de Acapulco, Guerrero, convocado por In Arsis, Movimiento por el Arte, A.C., la Universidad Americana de Acapulco, la Secretaría de Desarrollo Social de Acapulco, el Instituto México, Alianza Francesa, y el Festival de Cine Francés, entre otros, por su cuento *Vacaciones merecidas*. Ese mismo año apareció el cuento *Ya no se puede confiar*, en la compilación de cuentos *Lengua de trapo*, publicado con los auspicios de CONACULTA y la Casa de Escritores de Villahermosa, Tabasco. En el 2009 la Universidad Tecnológica de Campeche, le publicó un libro de cuentos: *Debe ser sábado*.

El 8 de marzo de 2014, el Ayuntamiento del Municipio de Carmen, a través del Instituto Municipal de la Mujer, le entregó reconocimiento: Por su entrega, dedicación y trayectoria en el ámbito de su competencia: *Trayectoria en el Arte de la Literatura y la Filosofía*. Actualmente se dedica a su familia –ya que es madre de tres hijos–, la creación literaria, docencia y el litigio, en conjunto con su esposo.

ISBN: 978-607-7826-47-7